



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

---

---

**UNIDAD XOCHIMILCO**

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

“LOS ECOS DE INFRATERRA”

TRABAJO TERMINAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:

ALAN JONATHAN ESPARZA MIRANDA

ASESORES:

DRA. FRIDA GORBACH RUDOY  
MTRO. GABRIEL ARAUJO PAULLADA

CIUDAD DE MÉXICO

noviembre 2019

# LOS ECOS DE INFRATERRA



# **Los ecos de Infraterra**

**Ciudad de México  
2019**



**Los ecos de Infraterra  
Trabajo terminal  
2019**

**Alumno:  
Alan Jonathan Esparza Miranda**

**Asesores:  
Gabriel Araujo Paullada  
Frida Gorbach Rudoy**

**Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Xochimilco  
Licenciatura en Psicología**

*A mis compañeros para que pueda ser una forma de provocación, una acción sugerente que potencie sus propias reflexiones alrededor de la intervención, la relación con el otro y el ejercicio de la psicología.*

*A mis profesores como una acción para fragilizar las estabildades de la academia y la pedagogía. Un trabajo que confronta las formas convencionales de realizar un trabajo terminal de psicología, con tiempos diferentes y con un formato particular.*

*A los otros, sea quienes puedan llegar a ser esos otros, que podrán acceder a él de una manera sencilla y resignificar sus experiencias a su manera.*

# Índice

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>8</b>
<b>I</b>	
<b>Posturas .....</b>	<b>11</b>
<i>La construcción del conocimiento .....</i>	12
<i>Nuestro lugar. Punto de partida .....</i>	15
<i>¿Investigar? Una reflexión psicoanalítica .....</i>	19
<i>La relación con el otro .....</i>	22
<b>II</b>	
<b>Herramientas.....</b>	<b>26</b>
<i>Otras maneras de narrar .....</i>	26
<i>Aproximaciones a la imagen .....</i>	29
<i>La fotografía .....</i>	29
<i>El acto fotográfico.....</i>	32
<i>Imagen .....</i>	33
<i>¿Una herramienta para la psicología?.....</i>	34
<i>Valor de uso .....</i>	37
<b>III</b>	
<b>Relatos de lo incierto: El proceso .....</b>	<b>40</b>
<b>IV</b>	
<b>Narrativas .....</b>	<b>67</b>
<b>V</b>	
<b>Remembranzas .....</b>	<b>68</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>72</b>
<b>NOTAS .....</b>	<b>76</b>

<b>A) Escrito realizado durante el trabajo de campo.</b> .....	76
<b>B) Reflexión sobre algunos conceptos sugeridos durante el desarrollo del trabajo.</b> .....	79
Trabajo .....	79
Derecho.....	82
Espacio .....	85
Imagen .....	86
Representación.....	89
<b>ANEXOS</b> .....	<b>91</b>
1.1 Contrato de cesión de derechos.....	91
1.2 Carta a la Coordinación de Psicología .....	92
1.3 Carta a Sistema de Transporte colectivo .....	93
1.4 Organigrama de grabaciones formales .....	95
1.5 Solicitud de auditorio .....	96
1.6 Estructura de investigación .....	97

## INTRODUCCIÓN

Una tarde, durante la primera parte del año 2019, me encontraba dormitando en un vagón de metro. El cansancio me llevaba a un estado de somnolencia, que no abonaba en nada a mis esfuerzos por mantenerme despierto mientras vigilaba la puerta que se abría en cada estación, esperando a que un personaje apareciera... Los *Ecos de Infraterra* es un trabajo que inició a partir del cuestionamiento en torno al problema de la construcción del conocimiento y la relación con el otro. A medida que la investigación avanzó, tomó un rumbo mucho más específico pues dentro del escenario escogido una figura, el vendedor informal, constantemente cruzaba el plano atrayendo mi mirada. No podía negarme a reflexionar entorno a una situación que se presentaba como un rasgo característico de la vida en Infraterra. Con el cambio de administración en el gobierno de la Ciudad de México los operativos y estrategias para desalojar a los vendedores informales de las instalaciones del metro se intensificaron. Con ello la figura de los vendedores me pareció aún más interesante y decidí llevar a cabo un trabajo de investigación que atendiera la relación que se establecía entre investigador, vendedores, usuarios y autoridades. Durante los días y noches que pasé acompañándolos pude percibir el desplazamiento de mi propio pensamiento y de los lugares que fui ocupando. Este es un intento por narrar la relación que se estableció entre nosotros.

El tema de los vendedores del metro en la Ciudad de México ha sido tratado por disciplinas como la antropología o la sociología, y dentro de esos trabajos es común encontrar reflexiones que giran en torno a la cuestión laboral y la economía informal. Considero que estas son líneas de análisis que saltan evidentemente a la vista al momento de abordar el tema. Sin embargo, este trabajo dista particularmente de ese lugar de reflexión, lo que no quiere decir que se niegue su pertinencia. Más bien busca aclarar que el objetivo y las reflexiones de esta investigación toman distancia de aquéllas pues se centran principalmente en otras cuestiones de suma relevancia como: la construcción epistemológica, la relación con el otro y la imagen. Líneas que posibilitaron otra forma de aproximación y crearon otra perspectiva al momento de afrontar la problemática.

Por esta razón, durante la realización del trabajo, me resultó imperativo situarme en distintos lugares teóricos y moverme de posición para tener en cuenta algunas de las bifurcaciones conceptuales que surgieron a partir de la relación con el otro. Es por ello que, en el desarrollo de la investigación, el trabajo interdisciplinario resultó indispensable para pensar ciertos conceptos y metodologías. Aunque se tomaron algunos puntos de vista disciplinarios de la antropología, la filosofía, la fotografía, la sociología y la psicología, esto no quiere decir que el objetivo fuera el de obtener una amalgama de teorías que encajaran más o menos a la fuerza. Más bien, el de contar con voces que enriquecieran la discusión y que agrupadas propusieran otros escenarios para pensar el tema.

Un ejercicio necesario dada la complejidad del proyecto. Denominado un problema desde sus inicios, la venta informal en las instalaciones del metro de la ciudad se remonta a la década de los sesentas, una actividad que ha existido desde hace mucho tiempo y que se niega a desaparecer. ¿De qué más estará hablando la cuestión de los vendedores? Por ello intento llevar a cabo una reflexión filosófica para cuestionar lo que podría significar la figura del *vagonero*. De la fotografía en particular rescato la opinión de algunos estudios sobre la imagen para poner en

tensión ciertos modelos de representación y discutir al lado de la psicología el lugar que estos ocupan al momento de relacionarnos con los otros.

Este quehacer multidisciplinar nos obliga a plantear la pregunta de si la psicología es mejor si se le agrega más o menos antropología o sociología. No tengo la respuesta, pero lo que sí puedo asegurar es que las disciplinas se enriquecen con la transformación e intervención en sus métodos y miradas. En lo que corresponde a este trabajo, el concepto de escucha siempre asociado con el sentido del oído, y una de las herramientas principales de la psicología, toma un giro al confrontarla con la fotografía.

Algunas de las expectativas de esta investigación giraron en torno a la utilidad que pudieran encontrar los que se acercaran a ella. Uno de los motivos que me impulsaron fue la creación de un trabajo que fragilizara estabilidades y que mostrara algo de lo que se puede encontrar debajo de la delgada capa de lo que, como investigadores, asumimos diariamente. También, ¿por qué no?, para abrir la discusión acerca de ciertos problemas metodológicos que la psicología debe enfrentar y sobre las diferentes formas de narrar una experiencia de intervención. ¿Qué pasa cuando la psicología retoma el trabajo de la fotografía para transformarse en el proceso? ¿Qué tendría para decir la propia psicología alrededor del tema de la imagen en un contexto histórico en el que el rol de la fotografía juega un papel cada vez más indispensable en nuestras sociedades? ¿Cómo convivimos con nuestras imágenes? ¿Cómo convivimos con las imágenes de los otros?

*Los ecos de Infraterra* es un título que sugiere la imposibilidad del conocimiento sino a través de ecos, del que habla al otro y que lo sujeta a su discurso. Un eco de Infraterra proviene de lo profundo, de un lugar que no se puede palpar pero que se hace sentir. Algo que, como lo inconsciente, viene para perturbar la vida cotidiana, los sentidos de lo social, de lo establecido.



## Posturas

Existe una gran discusión acerca de las formas en que teoría y práctica pueden ser articuladas dentro de un trabajo de investigación. La relación que se establece implícitamente entre estos dos entes a través del trabajo de cada investigador da cuenta de posturas éticas y epistemológicas, que mas adelante se traducirán en el terreno de las metodologías, la incursión al campo y el encuentro con el otro. De alguna manera, la relación que el investigador establece y promueve entre estas dos partes centrales de su labor definirán el curso de su quehacer y delimitarán el espacio de sus reflexiones consecuentes.

Así, al inicio de todo trabajo de investigación se presenta la primera tarea a resolver, a saber, proponer una dinámica de relación entre el carácter teórico y el carácter práctico en el propio trabajo de investigación. Por un lado, puede la teoría aparecer en un primer momento y detonar reflexiones acerca del tema o las formas de actuar, y en consecuencia la práctica se subordinaría a ese ejercicio intelectual previo. De esta forma, hemos descrito en términos muy generales la dinámica de relación que opera en el método científico positivo; en donde se observa un objeto,

se formulan preguntas, se construye un problema, se postula una hipótesis y se busca la comprobación de dicho armado teórico.

Por otro lado, es posible que la práctica se lleve a cabo inicialmente y posteriormente venga un trabajo de reflexión teórica. De este modo, la teoría jugaría un papel secundario en el que debería contrastarse siempre con la práctica en el campo y estar sujeta a ella. Es en este lugar donde podríamos situar los trabajos que se articulan con el modelo del método científico cualitativo basado en un enfoque fenomenológico que busca regresar constantemente al material de campo para obtener una reflexión teórica mejor enfocada.

Se nos muestra una relación de poder entre dos entes abstractos que preexiste al trabajo de investigación y a los métodos científicos, pero de la que su dinámica será definida solo por el enfoque que decida tomar el investigador. Es así que surge una pregunta: ¿es posible establecer una dinámica de relación más o menos equitativa entre estas dos partes, teniendo en cuenta que para llevar a cabo una acción concreta es preciso llegar a resoluciones generadas por reflexiones previas que justifiquen e impulsen dicha acción?

Repensar la relación investigador-investigado y los roles de cada uno dentro del juego de la intervención significó colocar los cimientos para definir la dinámica de relación entre teoría y práctica dentro de este trabajo de investigación, y que en consecuencia me llevaría a tomar posturas, decisiones y acciones sobre esa misma relación (investigador-investigado).

### ***La construcción del conocimiento***

*La fotografía antropológica: ubicuidad e imposibilidad en la mirada* es un artículo escrito por Raymundo Mier en el que lleva a cabo una reflexión alrededor de la naturaleza del acto antropológico, y donde menciona que hacer antropología es, “aprender a mirar de cierta manera, aprender a mirar desde un lugar peculiar.” Y, ¿qué se podría decir de la psicología?; ¿Cuál es su trabajo?, ¿qué es hacer psicología?: ¿Escuchar?; ¿Mirar?; ¿Para qué?, ¿para quién?

A través de un recorrido histórico en lo que se refiere al tema ontológico, Braunstein (1981) ha podido señalar algunas de las diferencias que han existido en cuanto a distintas concepciones que se han construido del ser: del otro y del *sí mismo* en relación a múltiples épocas. Por esta razón hoy podemos señalar que, cada vez que los seres humanos se han propuesto reflexionar en cada época acerca del tema ontológico, la producción científica experimenta cambios y genera “resultados” propios de su tiempo: productos tecnológicos, innovaciones disciplinares, modificaciones en las concepciones éticas y políticas, teorías económicas, etc. (Foucault, 1986) De esta forma, a la noción de ser o de la manera en que se considera al otro en cierto momento de la historia corresponden los quehaceres científicos y políticos propios de esa época.

Por ejemplo, la emergencia del colonialismo europeo. La forma en que el hombre blanco occidental de las potencias se asume ontológicamente en relación a los nativos de las colonias deriva en concepciones que sientan las bases que justifican acciones de sometimiento, la forma en que se ejerce el derecho, la política y los planes económicos, sobre el indígena “inferior” y conquistado. (Smith, 1994) Así, al siglo XVIII y XIX corresponden otras prácticas y métodos que de la misma manera guardan relación con la definición de lo que es ser humano en esa época.

Más adelante, la revolución industrial también contiene en su emergencia el germen de la reflexión ontológica: lo que es el ser humano y lo que puede o no hacer. La forma en que unos ya no serán considerados esclavos y pasarán a ser obreros también habla de la transformación y el lugar que ocupará el otro en relación a...; el hecho de inventar y manipular a la naturaleza para el servicio del interés del ser humano también da cuenta del cambio de episteme en cada época. (Foucault, 1986) Es así que, en cada momento de la historia, debido en gran medida al lugar que ocupaba el ser humano en su reflexión ontológica, las políticas, la definición de los límites morales y derechos universales derivaron en la pugna por alcanzar los intereses de ese tiempo.

Evidentemente, estas reflexiones ontológicas provenientes de la filosofía encuentran su quehacer en cada disciplina. En el terreno de las ciencias sociales, esta discusión encuentra un amplio espacio de reflexión en la relación del sujeto y

el objeto. Podemos preguntarnos, ¿de qué forma se construye el conocimiento en el siglo XIX? ¿qué consideraciones éticas y ontológicas se toman en cuenta para el quehacer científico?

La visión del mundo en esa época es predominantemente positiva, una forma de pensamiento donde se asume que el conocimiento y la verdad se encuentran en el mundo y donde se considera que lo que hace falta para obtenerlo es llevar a cabo una serie de pasos metódicos evitando a toda costa mezclar las propias consideraciones subjetivas con las muestras de la realidad. (Braunstein, 1981) Si la respuesta no es encontrada, no es el método el que ha fallado sino el investigador, pues ha sido él quien lo ha corrompido, ya que la verdad se encuentra en la naturaleza esperando a que el ser humano sea capaz de descubrirla.

Sin embargo, pasado un tiempo, parece que el método y la corriente de pensamiento positiva resulta insuficiente en la obtención de respuestas a las preguntas que los investigadores se plantean, lo que se hace más evidente en el campo de las humanidades y disciplinas emergentes como la antropología, la etnografía, la sociología, etc. De esta manera, esas disciplinas incursionan una vez más en una reflexión ontológica, la reflexión acerca del otro y las dinámicas que se establecen con este, por las cuales se obtiene el conocimiento. (Adorno, 2001: 21-23) Desde ese momento se tratará de pasar del cuestionario (anamnesis) a la entrevista abierta, de la “observación neutra y objetiva” a la observación participante, del diario de campo inmediato a las notas extemporáneas al suceso. Se desarrolla el método científico cualitativo.

Aparentemente, este giro metodológico es el producto de una reflexión acerca del derecho a la construcción del conocimiento. Un conocimiento del que, a partir de ese momento, se considerará al otro partícipe y protagonista. \*5to Al mismo tiempo, estas reflexiones y posturas tienen su efecto correspondiente en el lugar del propio investigador. A partir de ahí, el investigador se mira a sí mismo como un sujeto similar al otro investigado, el cual posee el mismo derecho sobre el saber al igual que el investigador. Se desplaza la relación sujeto/objeto a sujeto/sujeto. Si bien, el investigador siempre consideró que se encontraba en una posición superior y de poder, a partir de ese momento toma en cuenta que esa realidad no lo obliga

a ejercer ese poder violentamente y, al contrario, tratará de “equilibrar” la relación.

**\*5to**

Si nos aventuramos a analizar estas acciones, podríamos decir que probablemente este giro metodológico se trata del resultado de una desilusión del método científico positivista, pues se lleva a cabo la consideración de que los resultados de las investigaciones obtenidos del otro a partir de ese método no son tan verdaderos como se pensaba. Parece que en ese momento el ser humano intuye que se ha estado engañando a sí mismo y, por lo tanto, debe redireccionar el rumbo, para, en esta ocasión, poder llegar al objetivo: una repuesta. (Taylor y Bogdan, 1984)

Esta iniciativa de replanteamiento metodológico se genera, no porque se conozca la verdad, sino por la sospecha del engaño, por la *desilusión*. Este giro metodológico, es de alguna manera una vía para idear la forma de obtener una nueva y más compleja ilusión.

¿A qué me refiero con desilusión? A que, dado el momento se considera que el método positivista esconde una especie de traición (Benjamin, 2008) al acto mismo de investigar, en la medida en que el método positivista impone una visión academicista, teórica o propia del investigador sobre la realidad; su voz sobre la del otro. Por ello el giro se produce con el objetivo de otorgar de voz propia al otro y permitirle hablar, que el investigador se diera la oportunidad de escucharle para saber qué es lo que podría decir el otro del supuesto problema.

### ***Nuestro lugar. Punto de partida***

La visión ontológica y epistemológica del cualitativismo es compartida e impartida en el área de ciencias sociales de nuestra universidad, visión que los alumnos investigadores arrojan, y que los lleva a plantear formas de intervención. Sin embargo, este giro, como le he mencionado, puede ser solo otra forma de la ilusión en la obtención del saber ya que simplemente ha sorteado las formas o métodos anteriores (positivos) que no lograron ocultar lo que eran, un espejismo.

Es necesario aclarar que enunciar esto no se traduce en una apología a la existencia de la verdad absoluta, o en un deseo por desenmascarar la ilusión para

instaurar *la verdad*, de ninguna manera. Al señalarlo se busca poner en evidencia la trampa epistemológica en la que se ha venido cayendo para renunciar a la consideración de que, si bien no es posible encontrar la verdad absoluta, los resultados de las investigaciones realizadas con el método científico cualitativo están *muy próximas* a la verdad del otro. Señalar este carácter quimérico significa tener bien presente el rasgo ilusorio de las *intervenciones psicosociales* como se han venido haciendo y la imposibilidad que comprende realizar una investigación desde este enfoque. Es necesario afrontar este hecho y tratar de convivir con ello pues en la medida en que lo hagamos posibilitaremos el surgimiento de nuevas propuestas.

Ahora bien, como mencionaba anteriormente y con base en la experiencia de aprendizaje obtenida, considero que la crítica a la visión positivista que realiza el cualitativismo y que las ciencias sociales recogen, no supone una distancia ni siquiera menor de aquella visión. Ya que se argumenta que el positivismo ha dado por sentado un gran número de consideraciones vitales como: la existencia de la verdad o realidad, la inmutabilidad de las cosas, las generalizaciones o la presunción de la neutralidad. U otras cuestiones como el lugar del supuesto saber desde donde el investigador enuncia, el robo/anulación de la palabra del otro, o la relación impersonal entre “objeto y sujeto” que construye dicho método científico. Sin embargo, y a pesar de realizar un trabajo de reflexión crítica, el elemento que no se abandonó fue la certeza arrogante en la posibilidad de encontrar la verdad. Si bien es cierto que a través de otros métodos y enfoques se procuró evitar asumir la existencia de una verdad universal preexistente a todo, fue la certeza de que es posible aproximarse muy de cerca a las verdades de los otros y la capacidad para aprehenderla lo que nunca se abandonó. La verdad se sigue asumiendo.

Aunque los métodos cambiaron y se evita la formulación anticipada de hipótesis desde la academia, pues “el investigador no tiene la verdad”, lo que no ha cambiado es el hecho del acercamiento al campo para permitir que el otro hable ya que, él sí que puede compartirnos algo de la verdad de su realidad. No importa el tiempo que tome: meses, años, entre más tiempo mejor. Al final, es posible aprehender esa verdad pues el que la comparte es el otro, la fuente misma. Del otro

no se puede dudar porque es ahora él quien habla y no solo el investigador. Si la certeza nunca estuvo de este lado, es seguro que estará de aquel, pero al fin obtener la verdad es posible. Si bien se criticó al objeto del positivismo, el axioma del sujeto continuó. El sujeto se sigue asumiendo.

¡Qué arrogancia! ¡Pero si tampoco el otro puede dar cuenta de sí mismo! ¿Qué dirá? ¿qué se observará? ¡Ya lo dijo Freud! El ser humano no sabe ni si quiera qué es lo que quiere, ¿cómo otro similar al investigador, que tiene el mismo deseo de saber, podrá contar *la verdad sobre su realidad*? Y menos aún, ¿sobre la problemática que se le ha construido en derredor? ¿Cómo podría decir algo sobre eso? Es como si se formulara una ecuación algebraica con incógnitas y términos que solo uno conoce y luego se acercara a un amigo argumentando que ése es su problema y que debe dar cuenta de ello para encontrar una solución.

*“Bueno, pero si el otro no sabe lo que sucede, el investigador puede acudir a su auxilio para dar cuenta de eso que sucede y que puede resignificar. Se le otorga voz a su experiencia...”* Pero, ¿cuál es la factibilidad de que eso sea posible? ¿Se puede dar cuenta de una experiencia personal de la que no ha sido partícipe? ¿Cuál es la autoridad con la que el investigador se continúa invistiendo para poder acudir en sagrada defensa y auxilio de la experiencia de otro, para “rescatar” sus palabras? Se continúa suponiendo que se ha dado con la verdad del otro a razón de haber “escuchado” la voz del otro, cuando lo único que se hace es aprovechar la narración de una experiencia para hablar de ella. ¿Qué diferencia existe entre esto y un chisme? Parece que el abandono de la posición de poder en la construcción epistemológica de la relación investigador-investigado no es tan contundente como se postula después de todo. El otro nunca habla y nosotros nunca lo escuchamos. Hablar de una experiencia no es igual a tener la experiencia.

Así que, la pregunta que resulta después de estas consideraciones es: ¿por qué se quiere saber? Específicamente, ¿saber del otro? Y entiéndase como un deseo de obtención del saber de un otro sin costo alguno. ¿A qué me refiero con esto? Al hecho de acercarse a un otro que informe acerca de lo que está viviendo. De esta manera se anula la necesidad de ser un vendedor, o una prostituta, o un chofer de microbús, ya que el saber empírico puede ser recolectado por el

investigador de las fuentes que viven esos lugares sociales. Si el otro lo cuenta es verdad y con eso es suficiente. El conocimiento se adquiere y la ignorancia se destierra. El investigador se despide de la incertidumbre del no saber, de la no respuesta. No es necesario preguntarse sobre la autenticidad de esa verdad pues alguien que lo ha vivido lo ha narrado. No hay más que decir, se ha accedido a la verdad, la verdad de una de tantas realidades, sí, pero al fin acceso a ella. Hay respuesta para todas las preguntas, aunque sean otras preguntas pero que por escuchar la fuente de la verdad podrán ser obtenidas. Respuestas a todas las preguntas. Si se acude al otro es posible conocer todo de todo...

Parece que la vuelta metodológica no es otra cosa que el deseo de abarcar más, abarcarlo todo, abarcar lo más posible y así poder obtener una respuesta más cercana a la realidad del otro, y por lo tanto a *su verdad*. (Malinowski, 1975) Observar participando para recuperar estados anímicos; entrevistas abiertas para recuperar rasgos inconscientes, discursos que subyacen y significados que escapan al cuestionario positivo. Abarcar más, más material, más observaciones, más entrevistas, permitir que el otro hable más que uno para obtener lo más posible, para que diga más, para que parezca que el que enuncia y formula sí es el otro, que no está determinado por ninguna demanda ni por ninguna problemática ni por ciertos tiempos... ¿Por qué ese deseo desmedido de abarcarlo todo? ¿saber de todo y de todos?

Más allá de la supuesta problemática que los trabajos de investigación contienen es posible discernir un interés, que va más allá de lo temático y lo personal, que impulsa al investigador a acercarse a eso de lo que pretende hablar. Es evidente que existe en cada ser humano cierta curiosidad por conocer otras realidades, otras formas. Freud decide nombrar a esto desde la teoría psicoanalítica, *pulsión epistemofílica*, (1992c: 109-224) y del mismo modo señala que se trata de un deseo que surge del propio investigador y que es eso lo que lo lleva a abordar tal o cual tema.

A través de este planteamiento podemos hacer un juego en el que la pregunta inicial: “¿por qué investigar esto o lo otro?” se transforma en otra que le antecede: ¿por qué querer investigar? Indiscriminadamente del tema o el objeto, ¿para qué?

## ***¿Investigar? Una reflexión psicoanalítica***

Antes mencionaba que Freud había acuñado el término pulsión de saber, esto en el contexto de su exposición de las teorías sexuales infantiles. Freud relaciona la pulsión de saber con ver, con la mirada. (Freud, 1992) “¿De dónde vienen los niños?” Es la pregunta que el infante formula a los padres. Esa pregunta, en esa situación específica, dice Freud, puede surgir del miedo a ser sustituido por otro y por perder el objeto de deseo. De esta forma se acude a un otro omnipotente y onnisapiente que podrá dar la respuesta a esta cuestión que angustia tanto, pues no saberlo significaría perderlo todo. Este suceso es el principio que rige la dinámica detonante de la autonomía del Yo del ser humano, el primer intento de autonomía intelectual, de la actividad investigativa.

Ahora bien, Freud dedica un solo párrafo para señalar este tema. Sin embargo, años más tarde, Piera Aulagnier retoma esta cuestión y sitúa su estudio en un periodo anterior a lo que Freud describió: El bebé llora, y por esa razón hay alguien que se convierte en el auxilio externo que atiende la demanda. Lo que sucede no implica que simplemente se cubre una necesidad, sino que supone una situación más compleja. Este auxilio externo interpreta qué es lo que se necesita: “comida”. Sin embargo, lo que sucede es que esa interpretación proviene del Yo materno que se proyecta en el bebé para traducir qué es lo que aquél necesita. En este caso los pensamientos de la psique materna son los que interpretan los pensamientos de esa misma psique materna que se proyectan sobre el bebé, y que producen la detonación de la acción. Es probable que el bebé no necesitara comida sino simplemente ver ese rostro conocido. Sin embargo, lo que se ha obtenido es comida. Se ha llevado a cabo una intervención violenta al imponer el deseo de uno sobre la necesidad del otro, pero violencia necesaria a consideración de que si no fuera atendida el bebé podría morir. Aulagnier denomina a esto intervención primaria. (1980: 119)

Si esta dinámica de relación continuara sin cambios, con el paso del tiempo se podría caer en un exceso. Hasta el momento ambas partes se encuentran en el paraíso pues, por un lado, la madre cumple el deseo de ser omnipotente y onnisapiente al poder de hecho, no interpretar sino, traducir textualmente qué es lo que necesita su hijo. Por otro lado, el bebé se encuentra en el paraíso al no tener necesidad de pensar o hablar por sí mismo pues es otro quien lo interpreta y sabe qué es lo que necesita. No existe el displacer y todas las insatisfacciones son vueltas satisfacciones sin hacer ningún esfuerzo. Ninguna de las partes quiere cambios. ¿Para qué?

Sin embargo, es indispensable que la parte que traduce reconozca su imposibilidad de omnipotencia, su propia ignorancia y sobretodo el derecho del niño a la autonomía. De esa forma se producirá la apertura que el niño necesita para posibilitar la construcción de su propio Yo, pues sin ello se convertiría en un alienado. Aulagnier entiende alienación como:

[...] una situación relacional en la que el Yo remita la totalidad de sus representaciones ideicas (de sus pensamientos) al juicio exclusivo de otro que puede, y sería el único en poder dotarlas de sentido o declararlas insensatas. (Aulagnier, 1980: 120)

Lo dicho se refiere a lo que concierne a la parte del auxilio externo. Pero también se pregunta acerca del niño en torno a esa cómoda dinámica de relación en la que se encuentra:

¿cómo puede percibir su propio estado de sujeción y conseguir liberarse de él?  
¿Cómo se puede pasar de un “Yo hablado” por el discurso del portavoz, a un “Yo hablo” que puede enunciar un discurso que desmiente al del otro? ¿Cómo obligarlo a reconocer que no posee ninguna certeza sobre ese Yo al que en parte sigue invistiendo como su objeto privilegiado? (Aulagnier, 1980: 120)

Por un lado, Aulagnier argumenta que es necesaria esa ruptura con la psique del otro para poder construir la diferenciación y la singularidad, (tan fundamental para el ser humano esa ruptura como el descubrimiento de la diferencia de los sexos). Y,

por otro lado, describe la imposibilidad de esa misma ruptura pues ninguno de los participantes de la dinámica puede cambiarla, ya que una parte no quiere y la otra ni si quiera sabe qué es lo que quiere y lo que puede hacer. Además, permanecer igual implica la inexistencia de una búsqueda, pues si no existen deseos insatisfechos no hay necesidad de ella. Por lo tanto, no hay deseo de conocer. El objeto perdido está ahí y no hay necesidad de:

[...] hallar a otro cuyo pensamiento poseería el conjunto de las respuestas, al que nunca tendría que demandársele que demostrara su legitimidad, porque de una vez para siempre se habría reconocido en él al garante de la verdad absoluta [...]  
(Aulagnier, 1980: 120)

En este escenario ese otro ya se tiene, ¿por qué se renunciaría a ello? Porque de otra manera ese niño no existiría. Ese niño no se puede enunciar si no solamente por la traducción del otro. No existe el Yo del niño, solo el del otro que lo abarca todo. La única prueba de la existencia de ese niño solo son resonancias (Rancière: 2010), y ecos de otro.

Por estas razones, ese otro, ese auxilio externo debe reconocerse no omnipotente, no onnisapiente y de esa manera, reconocer la autonomía del niño y su derecho a pensar por sí mismo, a equivocarse. Y partiendo de ese punto, permitir que el niño vea que ese otro no era omnipotente como lo suponía, que no era onnisapiente como se le presentaba. “Se puede dudar del otro, de lo que dice, de lo que dice saber y de lo que ignora. Y si el otro ignora algunas cosas, eso quiere decir que puedo aprender muchas más.”

De esta manera volvemos a Freud y al momento en el que los niños formulan sus propias teorías, en las que el ser humano trata de construir conocimiento y quiere saber. Ahora es posible la existencia del querer, del anhelo de saber. ¿Qué significa esto para el niño? Derecho a la autonomía. Si se quieren otras palabras: Existir. La posibilidad de existir. “Errado”, frustrado, insatisfecho, incompleto, pero diferenciado. Reconocido. En presencia o en ausencia, pero existiendo.

## ***La relación con el otro***

Esta pequeña exposición de la teoría psicoanalítica tiene como motivo elaborar la siguiente analogía entre la relación madre/niño, y la relación investigador/investigado. Sin embargo, debo señalar que esta otra dinámica, aunque análoga, resulta aún más compleja que la del relato psicoanalítico, pues supone un intercambio de roles. ¿Qué quiero decir? Que si en la teoría psicoanalítica se presentan dos personajes (la madre y el niño) con papeles y lugares asignados, en esta analogía investigador e investigado asumen los lugares de uno y de otro, ambos colocándose a veces en el lugar de la madre, otras en el del hijo. Desplazamiento de lugares posibilitado por el hecho de que el adulto del presente contiene al niño del pasado en una misma persona.

Así que, tomando en cuenta el relato psicoanalítico, en la relación entre investigador/investigado, ¿no sucede algo similar a lo que pasa entre el auxilio externo y el bebé cuando llora? Parece que el investigador se inviste como ese auxilio para el problema del otro, del campo, y acude a él asumiendo que de alguna forma tendrá la capacidad de saber lo que necesita. Interpretar su problema y ayudarlo con él. Si bien, analógicamente no se desarrolla la misma situación puede ser que sí suceda algo similar: una dinámica en la cual el investigador se instituye como máximo protector del otro al que pareciera que considera un ser desprotegido, víctima de un ambiente que no conoce, alguien que no tiene voz y que no puede enunciar palabra alguna ni si quiera para nombrar su necesidad. Pero a la vez que se inviste en auxilio para el otro, ese mismo otro se convierte para él en uno omnipotente, omnisapiente que tiene la capacidad de dar fin a todas sus preguntas. Se acude al campo con la certeza de que habrá una respuesta de ese otro por el deseo de saber que hay en cada ser humano, ese otro que será quién le ponga fin a la eterna búsqueda con su verdad absoluta y legítima.

Simultáneamente para el otro, como he dicho, también el investigador ocupa el sitio de la madre que puede enunciar lo que él no, y que podrá indicarle cuáles son sus necesidades y cuál es su identidad. De esta forma, el otro se apropia del discurso y la teoría del investigador y lleva a cabo acciones que respondan en forma de ecos a la concepción que se ha hecho de sí por “los que saben”, existiendo en

lo instituido. (Castoriadis: 2006) Y, “si el otro ya está hablando por mí, ¿qué necesidad tendría de pensar por mí mismo? La academia hará su trabajo y yo podré estar libre de la angustia de pensarme”. En esta dinámica relacional nadie quiere el cambio. Todos están en el paraíso.

Sin embargo, no se puede continuar evadiendo el cuestionamiento sobre la arrogante confianza en la capacidad de interpretación del investigador acerca de lo que el otro necesita. A pesar de todo, se sigue evadiendo. Sin duda esta relación les otorga identidad a ambas partes, tanto a los investigadores como al otro investigado. Les da un lugar en el mundo a cada quién y destierra la incertidumbre. Todos encuentran en el otro eso que se perdió un día y con el que todos los deseos se cumplen, donde termina la eterna búsqueda. La verdad existe, el conocimiento total está al alcance de la mano. Tanto el investigador como el otro investigado son omnipotentes y omnisapientes... Sería perfecto, si no estuviera cimentado en una ilusión.

Y es que el problema que presento no es que exista el engaño o la ilusión, sino que se persista en hacer pasar eso como verdadero, como conocimiento, como el objetivo alcanzado cuando dentro de sí encierra una enorme paradoja. El problema es evadir la paradoja, desviar la mirada de la incertidumbre. Mientras se continúe haciendo eso se seguirán creando ilusiones cada vez más sofisticadas para continuar con esa dinámica de relación. Y como se mencionó antes, de no haber cambio el resultado es caer en un exceso, el absoluto de la alienación. (Aulagnier, 1980: 120) Con ello surgen las preguntas: ¿de qué forma los discursos que abanderamos como investigadores al momento de intervenir legitiman procesos alienantes? ¿de qué manera contribuimos a la perpetuación de la alienación del otro y de nosotros con la *intervención* misma? (Rosaldo: 1989)

Ante esta situación, resulta imperativo tomar una postura ética. Me permito citar de nuevo este fragmento:

¿cómo puede percibir su propio estado de sujeción y conseguir liberarse de él?  
¿Cómo se puede pasar de un “Yo hablado” por el discurso del portavoz, a un “Yo hablo” que puede enunciar un discurso que desmiente al del otro? ¿Cómo obligarlo a

reconocer que no posee ninguna certeza sobre ese Yo al que en parte sigue invistiendo como su objeto privilegiado?

¿Cómo acudir en auxilio de otro y al mismo tiempo romper con esa inevitable dinámica relacional? No ir al encuentro del otro no es una opción, pues de ese modo el trabajo como investigadores sería menos que inútil. Si bien la demanda del otro ya no se presenta como el llanto de un bebé, la necesidad continúa existiendo. Se debe acudir, no es opción. Entonces, ¿qué hacer? ¿entregar todas las herramientas al otro para permitir que se “hable a sí mismo”? Ese camino no es viable teniendo en cuenta los señalamientos que se han presentado. Pero concediendo la posibilidad, para este ejercicio, de que el otro pudiera hablar por sí mismo, la pregunta sería: ¿cuál sería el papel del investigador? ¿El de un facilitador? ¿El de testigo inmóvil? También podemos desechar esa forma de “intervención”, si es que entra dentro de la categoría. Otro camino para el investigador podría ser el de hablar de sus “implicaciones” (sea lo que sea a lo que eso se refiera). Pero, ¿hasta qué punto se podría seguir llamando a eso intervención y no una especie de lugar donde se recogen confesiones, ansiedades y biografías? De cualquier forma, la pregunta persiste: ¿qué hacer?

Volviendo a la analogía de la que se ha echado mano, es necesario señalar que toda la discusión ha girado en torno al otro, asumido. Aunque, también en torno a la figura del investigador, asumido. Pero, ¿qué pasaría si este le concediera un poco de espacio a la incertidumbre? Y, ¿si renunciara a la presunción de omnisapientia? ¿qué pasaría si reconociera su no omnipotencia, no solo como investigador sino como ser humano? ¿de qué manera colocarse (o descolocarse) en ese lugar modificaría su relación con el otro, y por lo tanto con el conocimiento? ¿de qué forma podría jugar con su pulsión de saber teniendo siempre en cuenta su incapacidad de abarcarlo todo? ¿podría acercarlo de alguna manera con el otro posibilitando el espacio para su propia duda?

Reconocer su propia ignorancia, su no omnipotencia y el derecho a la autonomía del otro es la única oportunidad que tiene la madre de no convertir a su hijo en alguien alienado, de darle espacio a su propia existencia. ¿No debería el investigador tratar de hacer algo similar? Que se deje de hablar del otro... ya basta.

Es imperativo dejar de suponer que es posible darle la palabra al otro sin eclipsarlo. Dejar de “dar cuenta del otro”. Dejar de hablar por y se apostar a intentos de intervención, necesariamente violentas, que dejen la puerta abierta para que el otro dude, para que desarrolle su propio Yo: “errante”, incierto, pero libre. Libre de hablar, o de callar. Libre del escrutinio morboso del intelectual. Libre para desmentir o legitimar. En términos castoridianos: es necesario pasar de la intervención que deriva en heteronomía a un proceso que apueste por la autonomía. (Castoriadis: 2006)



## Herramientas

Tras las reflexiones antes descritas la cámara se presenta como una herramienta alternativa lo suficientemente flexible como para entrar en concordancia con las posturas epistemológicas y ontológicas antes descritas. Sin embargo, vale la pena dar cuenta del lugar desde donde este trabajo ha partido para considerar a la fotografía como el medio por el cual narrar la experiencia de relación que supuso esta investigación.

### ***Otras maneras de narrar***

Desde su aparición en los mil ochocientos se consideró a la fotografía como un instrumento estrechamente ligado a la exclusiva actividad del registro, ya por su carácter de inmediatez en relación con el tiempo que tomaba hacer un boceto, o por su capacidad de registrar elementos que la memoria humana podría pasar por alto u omitir accidentalmente. Por esa razón gran parte de su uso estuvo limitado a la ciencia: biología, antropología, historia, geografía, etc. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en un relato que hace Malinowski mientras reflexiona acerca del uso que le dio a este aparato en su trabajo etnográfico:

Me dediqué a la fotografía como una ocupación secundaria y un sistema poco importante de recoger datos. Esto fue un serio error. [...] En concreto, me dejé llevar por el principio de lo que podríamos llamar el pintoresquismo y la accesibilidad. Siempre que iba a pasar algo importante, llevaba conmigo la cámara. Si un cuadro me parecía bonito y encajaba bien, lo retrataba. [...] puse la fotografía al mismo nivel que la recolección de curiosidades, casi como un pasatiempo accesorio del trabajo de campo. (1975: 138)

En ese momento Malinowski se lamenta por no haber echado mano de una “herramienta poderosa” para fortalecer la recolección de material en el campo. ¿Qué se deja ver de este arrepentimiento en relación a la concepción de fotografía que se tenía en la época? Parece que se asumía a la cámara como un tercer ojo que podía registrar todo sin que nada escapara a su mirada. Un aparato que podía congelar el tiempo y dar cuenta fielmente de los fenómenos y conductas de los nativos en las islas Trobriand. Si al ser humano se le escapaba algún detalle, al registro fotográfico no, y por esa razón resultaba conveniente apoyarse en esta herramienta y volver siempre que se necesitara para refinar la mirada. Raymundo Mier comenta algo parecido cuando menciona que el uso de la fotografía para Malinowski implicaba la posibilidad de escrutarlo todo salvando las limitaciones físicas y temporales de ser finito. (Mier, 1998: 59-60) Estas consideraciones acerca de la fotografía se deben en gran parte al supuesto de que cada época contiene una concepción del mundo que determina qué es ver y saber, y cómo se puede ver y saber: la episteme. (Foucault, 1986)

Así que la noción de fotografía y su naturaleza en esa época aluden a una capacidad irrefutable de exponerlo todo y ofrecerlo al escrutinio de la mirada humana. Sin embargo, poco a poco surgen concepciones en cuanto a lo que implica el acto fotográfico, con lo que cierto número de pensadores comienzan llevar a cabo una reflexión en torno a la fotografía enmarcada en cuestiones éticas, utilitarias y de significados referentes a la práctica. De esta forma se comienzan a cuestionar las relaciones que se establecen entre la cámara y el espectador. Esto supone la asignación de un lugar para la fotografía y el acto fotográfico dentro de la discusión ontológica, ya que comienza a entablarse un diálogo “entre la voluntad de acercarnos a lo real y las dificultades para hacerlo.” (Fontcuberta, 2002: 12)

Sin embargo, el enfoque que prima en la reflexión acerca de la imagen responde más a cuestiones fisiológicas como la percepción: la manera en que ciertos encuadres provocan una reacción en el encuentro con la fotografía, teorías del color, reglas de composición, categorización de temas fotográficos, y con todo esto, la redefinición de los usos que se hace de ella en diferentes espacios y disciplinas. A pesar del énfasis que se les da a estas cuestiones y del hecho de que todo ello consigue eclipsar la visión que se tiene de la fotografía, de a poco comienzan a surgir otras voces que se preguntarán por su naturaleza: ¿Qué tendría qué ver todo eso con las manifestaciones del inconsciente ya que este se rige por pensamientos en sucesión de imágenes? Además, se considera la forma en que las primeras experiencias de aprendizaje del ser humano son mediadas por lo táctil, pero una vez que aparece lo visual llega a dominar ampliamente a los demás sentidos.

Otras reflexiones comenzaron a darse en relación a la teoría del lenguaje en una época más contemporánea a causa del giro lingüístico. En ese sentido las reflexiones que surgieron consideraron a lo visual como parte del proceso comunicativo humano y, por ende, a la imagen como signo portador de una sintaxis como sucedía en el lenguaje escrito. Esto llevó a intelectuales como Moholy-Nagy, profesor de la Bauhaus, a decir en 1935 que “los iletrados del futuro ignorarán tanto el uso de la pluma como el de la cámara.” (Dondis, 1990: 12); y a pensar en el desarrollo de metodologías que propiciaran el espacio para expandir los límites de la comunicación a través de los significados, como en su tiempo lo hizo la escritura en beneficio de las relaciones humanas.

Aunque parece que en ese momento esos tempranos esfuerzos por profundizar en la comprensión de la fotografía debido a su aparición en espacios de la vida cotidiana parecían un tanto ociosos, las reflexiones continúan y el rol, el lugar y el significado de lo fotográfico se encuentran en un proceso de constante redefinición de acuerdo a la relación que las imágenes guardan con los seres humanos. Entonces, ¿Cómo podemos considerar a la imagen?

## ***Aproximaciones a la imagen***

Resulta necesario llevar a cabo una diferenciación de términos en aras de exponer de una manera más clara el punto de partida desde donde nos acercaremos a estas consideraciones. Por ello, primero se hará una exposición en relación a lo que concierne a la fotografía, después al acto fotográfico y finalmente a la imagen.

### *La fotografía*

Ya se ha mencionado cómo las reflexiones que se dieron de esta cuestión, en concreto de la fotografía, en un principio partieron desde un punto de vista fisiológico. Sin embargo, a medida que la especulación acerca de la fotografía siguió su marcha, entraron en cuestionamiento estabilidades que continuaban dándose por hecho. Por ejemplo, la consideración de la pureza de la fotografía como un registro fiel de la realidad. Se decía: ¿qué es la cámara sino una herramienta que permite el dominio de la observación del mundo y la fotografía su producto fiel exento de olvidos, jerarquizaciones y elecciones inconscientes? La fotografía podría dar cuenta en ese sentido de todo lo que existe, de todo lo que el ser humano es capaz e incapaz de ver. Un registro inalterable e imparcial de lo que contiene. Pero, ¿hasta qué punto un aparato hecho por el ser humano podría estar exento de los “vicios” de su creador? ¿de verdad la fotografía era un registro fiel de la realidad?

Vilém Flusser realiza un recorrido histórico y filosófico en cuanto a los orígenes de la fotografía y la cámara como aparato. Históricamente, plantea que en un inicio el ser humano trató de comprender el mundo a través de la interpretación por medio de la creación de representaciones con grabados rupestres, ídolos, tótems y más adelante, con la creación de un lenguaje escrito que explicara las imágenes que se había creado. Poco a poco, el trabajo de interpretación de imágenes se vuelve cada vez más abstracto al punto en que ya no existen formas de correspondencia entre imagen-escritura como había sido el propósito desde un inicio. De esa manera surgen palabras para las que ya no existe ninguna imagen en concreto para representarlas como, por ejemplo: “paradoja”, “especulación”,

“axioma”, “teoría”, etc. Con la creación de textos científicos la abstracción se desarrolla por un lado y las imágenes y lo icónico por el otro. Lo que en un principio buscaba acercar al ser humano al mundo terminó por alejarlo y mediarlo más: los textos ya no representaban al mundo sino a sí mismos. Y es debido a esos mismos textos que el ser humano continúa abstrayendo, creando teorías y disciplinas como la química, la física y las matemáticas que construyen un conocimiento que hace posible el nacimiento de los aparatos, entre ellos la cámara fotográfica. Por esa razón el filósofo denomina a las imágenes producidas por este aparato como imágenes técnicas, pues:

Ontológicamente, las imágenes tradicionales son abstracciones de primer grado, ya que fueron abstraídas del mundo concreto. Las imágenes técnicas, por su parte, son abstracciones de tercer grado, pues se abstraen de los textos, los cuales se abstraen de las imágenes, y éstas a su vez son abstraídas del mundo concreto. (Flusser, 1990: 17)

Con esto Flusser argumenta que la cámara como aparato producido y la fotografía no suponen de ninguna manera una ventana abierta al mundo, o una copia fiel del mismo, sino que son producto de las interpretaciones que el ser humano ha hecho del mismo mediado por sus propias representaciones. Lo que nos lleva a pensar que, de la misma manera como ha llegado a ser la definición del mundo, también caría la posibilidad de que fuera de cualquier otra forma pues ello no significa estrictamente que el sentido que le atribuimos a la “realidad” sea el verdadero, ni el único.

Como resultado de estos planteamientos pueden surgir las preguntas: ¿qué tan libre resulta el fotógrafo al momento de pasar al acto? ¿el acto fotográfico es uno en el que el ser humano es capaz de imponer su voluntad o se encuentra *sujeto* a otros factores? Pues bien, si con la mirada “natural” el ser humano se ve a sí mismo limitado, con la cámara y la fotografía solo termina persiguiendo una ilusión pues su actividad se encuentra determinada por lo que la cámara puede fotografiar. O sea, el desarrollo tecnológico del momento determina qué capacidades tendrá la cámara para reproducir tal o cual motivo. El obturador contiene cierta velocidad y determinará el límite de velocidad a la que los objetos a fotografiar podrán moverse. Es el diafragma con su capacidad de apertura el que permite la entrada de luz a la

cámara y lo que determinará los espacios y los momentos del día donde el fotógrafo podrá hacer uso de esta herramienta. El zoom y el tipo de lente determinará la distancia y las dimensiones de lo que podrá ser retratado y al mismo tiempo la distancia física que deberá tomar el fotógrafo de acuerdo a estas restricciones.

Por estas razones podemos argumentar que el ser humano no es libre, esa nueva mirada no es omnipotente ni obedece al portador. La cámara no hace lo que el fotógrafo desea sino al revés, debido a las características del aparato mismo. La actividad del ser humano se encuentra programada y determinada con la cámara. (Flusser, 1990: 34)

Entonces, ¿es la fotografía un registro, una mirada directa y fiel del mundo? Teniendo en cuenta estas consideraciones parece que el lugar de la fotografía cambia, y más en razón de las aseveraciones que pretenden mostrarla como un producto neutral y objetivo, puro. El problema aquí no es la ilusión, sino que los que observan fotografías las consideren como si no fueran representaciones sino una mirada objetiva, una ventana directa al mundo. Existe una confianza ciega en ellas como en los propios ojos, y si se las critica no se hace en cuanto a su carácter de imagen técnica sino de visión, salvando la ilusión. (Flusser, 1990: 18) Estos son unos pocos argumentos en cuanto al carácter material de la fotografía. Sin embargo, teniendo esto en cuenta, ¿qué sucede con el contenido de la fotografía?

Si su carácter material da cuenta de una ilusión, puede decirse lo mismo de su objetividad representativa (simbólica). La fotografía re-produce, y en esa reproducción se haya implícita la formación de nuevas dimensiones simbólicas que no provienen per sé de lo fotografiado. Ya de facto la fotografía implica una re-interpretación y la imposibilidad de la neutralidad. Lo ha dicho Bourdieu, (2003: 332) “la fotografía crea problemas”. Nada en el contenido de la fotografía significa una garantía en relación a su referente. El vínculo entre la imagen y su referente viene estrechamente relacionado con “su valor de uso”, lo que hace “tambalearse la solidez del realismo fotográfico, mostrando la fragilidad de la verdad y de la verosimilitud”. (Fontcuberta, 2002: 14, 15) Lo que la fotografía deja al descubierto es que la verdad es una categoría obsoleta, y que lo único de lo que podemos echar mano es de la

ilusión, de la ficción, del simulacro. La fotografía es una mentira que se disfraza muy eficazmente de verdad.

¿Por qué decir esto? Porque el contenido de la fotografía hace referencia a una ausencia que alguna vez fue presencia, pero que a partir de la irrupción de la fotografía siempre se tratará de una ausencia. La fotografía no se trata del objeto sino de su ausencia, de su huella, de su eco. De lo único que puede dar cuenta la fotografía es de *otra cosa*, de lo otro. (Barthes, 1989: 40) De lo fotografiado, pero en términos del negativo, de espectro, de lo que no es en relación con su referente. Y tras este proceso en ella también se encuentran contenidas la cultura y la ideología, dos factores que vuelven a intervenir en nuestra concepción del mundo y lo real. Pero, ¿de qué manera sucede eso? ¿esto es una parte de la “esencia” de la fotografía?

### *El acto fotográfico*

Es necesario introducir en este punto la concepción de acto fotográfico, pues por sí misma la fotografía no puede exponer los factores culturales e ideológicos que están expresados en ella pues no se encuentran en sí como si fuera un ser vivo. Todo lo contrario, pues si bien ya he mencionado que la fotografía determina las acciones del fotógrafo, el aparato no puede producir por sí mismo fotografía, es necesario que el ser humano lo manipule. Además, el acto fotográfico cuenta con un “perímetro” (Rouillé, 2015: 36) que es entendido como el tiempo y el espacio físico dónde se sitúa.

La fotografía no es el resultado material, un pictograma impreso en papel o reproducido digitalmente; la fotografía es el proceso, el acto fotográfico. Finalmente, la fotografía alude a una experiencia, a temporalidades pasadas, a presencias extraviadas. El acto fotográfico precede a la fotografía y la funda, (Mier, 1998: 56) pero es su resultado anunciado. Evgen Baučar da cuenta de esto cuando narra una experiencia al hacer su primera fotografía cuando era adolescente: Después de hacerle una foto a la niña que más le gustaba confiesa que después de todo la extravió y que nunca volvió a saber dónde podría estar. (2014: 12, 13) Esto nos deja ver que lo más importante es el acto y no el resultado material. El fin de fotografiar

es la experiencia, la relación que se establece con el otro. Eso es lo que se busca y lo que se conserva.

## *Imagen*

Y aquí se vuelve relevante hacer la distinción entre fotografía e imagen pues podemos encontrar que en el espacio entre el resultado material (pictograma) y el referente (lo fotografiado) se produce una representación que responde a la relación que se da entre ambos: la imagen.

Si el sentido material de la fotografía hace alusión al tema epistemológico: el problema de la verdad ilusoria; y el sentido del acto fotográfico hace alusión a una cuestión ontológica: el ser y su relación con el otro; la cuestión de la imagen nos remite a la dimensión simbólica: discursos, imaginario social, posiciones de sujeto, y sentidos. La imagen es aquello que aparece y desaparece, eso que no se puede capturar pero que se encuentra en función de fantasma involucrado en el acto fotográfico. La imagen es inaprehensible materialmente pero traducible simbólicamente. “Se puede mover del terreno de lo visual hacia lo auditivo, de la fotografía al texto.” (Mitchell, 2015: 42) La imagen acompaña a lo fotografiado, pero no es lo fotografiado, sino el significado que le damos, un significado que no es fijo y que se desliza. Es eso que aparece cuando preguntamos: ¿cuál es la imagen que tienes de...? Hay algo en la imagen que escapa de la lengua y ese algo es representado en la fotografía solo por medio de formas pictóricas, latente en el acto fotográfico, referente en la fotografía. La imagen no es solo signo visual, atraviesa el cuerpo. Óscar Pujol lo dice de una forma más poética en *Las apariencias no engañan*:

Nada tras las imágenes: sólo una pulsación. Es suficiente. El paisaje no exige figuras, como un guante sin mano revela los dedos en la ausencia. [...] la esencia de la poesía es lo que no se dice con palabras, lo que no aparece en el texto, la resonancia semántica, la imperceptible ebriedad del significado. (2011)

Roland Barthes decía a su manera que al momento de ser retratado su anhelo era que “mi imagen, móvil, sometida al traqueteo de mil fotos cambiantes, a merced de las situaciones, de las edades, coincida siempre con mi «yo», pero es lo contrario lo que se ha de decir [...]” (1989: 39) pues parece que comprendía que eso volátil e inaprehensible, la imagen que el otro tenía de él, nunca coincidiría con el pictograma aludido por la fotografía pues siempre escapa, evade y es sumamente escurridizo. Sin embargo, aunque incapturable por el lenguaje escrito, eso no significa totalmente ausente e incomprensible pues cada que observamos una fotografía es posible percibir ecos, sentidos, aunque no totalmente enunciables, si sensibles pues “se establece un diálogo entre la fotografía y quien la ve.” (García, 2007: 137)

De esta manera podemos notar que la fotografía contiene una dimensión material y otra simbólica, y que la imagen no es necesariamente la fotografía como tal, sino que puede significar algo diferente. Por esa razón la fotografía podría ser cualquier cosa menos un registro fiel de la realidad, del mundo o mucho menos del otro. La fotografía “des-realiza aquello mismo que fija.” (Bourdieu, 2003: 332, 336)

### ***¿Una herramienta para la psicología?***

Más arriba he mencionado que desde sus inicios la fotografía ha sido considerada como material didáctico de lo que se escribe, de lo que se dice del otro. Sin embargo, esta propuesta, desde la perspectiva semiótica, va dirigida en el sentido de tomar a la fotografía como el material principal teniendo en cuenta que, como se ha mencionado, la fotografía supone otra forma de signo visual (Hall, 2014: 449) en la que entran en juego los registros de lo simbólico, real e imaginario; y que por esta razón es posible considerar su relevancia como herramienta para dar cuenta de las relaciones que se establecen con el otro poniendo en evidencia la mediación e imposibilidades que existen al momento del encuentro. (Gamboa, 2003: 4)

Esta se desarrolla en un momento sociohistórico se en el que hay una realidad para la que parece que nuestra sociedad no está preparada. El ser humano cambió. Al crear imágenes contemporáneas la sociedad interpreta por medio del

lenguaje la manera en que se representa el mundo y a sí misma. El ser humano se hace virtual, se ha hecho a sí mismo significativo (fotografía). Nuestra época nos interpela y se debe procurar la emergencia de metodologías y herramientas que busquen enunciar la forma en que se dan nuestras relaciones. Son precisamente los temas que parecen más insignificantes, o donde creeríamos que no habría mucha complejidad los que debemos abordar.

Si bien como investigador somos interpelados por nuestro contexto sociohistórico, no debemos pretender producir un reflejo de la época, si eso fuera posible, ni generar una abstracción inútil y sin sentido para repetir las mismas formas. Es por eso que, debemos apostar por tratar de ir más allá de los límites de nuestras disciplinas, de lo pensado y de las formas establecidas. Llevar a cabo una reflexión que desgare, que desestabilice la práctica de la psicología y de la intervención como hasta ahora la hemos llevado a cabo. Sacudir modelos y esquemas de trabajo, irrumpir. Transformar y dejar de repetir; crear y ya no simplemente decorar; profundizar y dejar de pasearnos por la superficie. (Mosqueda, 2007: 16, 17)

Ante el escenario actual comparto la pregunta que se hace Mitchell: “¿son las imágenes el terreno en cual debe librarse la lucha política, el sitio en que se articule una nueva ética?” (2014: 12) Si bien no podemos hablar por ni del otro, tal vez lo que sí podemos hacer es movernos en el terreno de las relaciones y tratar de resignificar algunos sentidos por ese medio para que cualquiera tenga la oportunidad de apropiarse o continuar modificando esos sentidos. Descentrar el objeto de estudio desde lo humano hacia un plano relacional, teniendo en cuenta que el campo no siempre es acompañado de la presencia física del otro, o no necesariamente tiene que serlo pues el lenguaje hace referencia a las experiencias corporales, a los significados del (en el) cuerpo, y en esto la imagen nos va atravesando. Debemos dejar de pretender que podemos hablar de cosas de las que en realidad no podemos hablar, el sujeto debe borrarse. No hablemos del sujeto, hablemos del proceso, de otra cosa.

Por estos motivos elijí a la fotografía como herramienta para abordar la relación que establecí con el otro, una herramienta que tal vez me permitiría

establecer otra forma de diálogo con el campo y moverme en el terreno de los significados, de lo profundo, de la imagen, de lo que no se deja enunciar por las palabras. (Bourdieu, 2003: 332) Desde este punto de vista “el acto fotográfico es un acto de “duda fenomenológica”, en tanto que intenta acercarse al fenómeno desde tantos puntos de vista como sea posible [...]” (Flusser, 1990: 37). Pero esta postura también tomó en cuenta mi condición cultural pues, como ya he mencionado, juega un papel importante dentro el acto fotográfico la forma en que miro, cómo me acerco y qué diálogo establezco con el otro; por ende, esta situación también tendrá consecuencias en el registro que lleve a cabo, que lo hará evidente por la propia naturaleza de la fotografía.

Debemos volver a descifrar nuestras propias imágenes. El ser humano ya no descifra sus imágenes, debemos identificarlas y reflexionar sobre ellas, dudar y criticarlas. De lo contrario, al vivir en función de ellas nos encontraremos en una condición donde la imaginación se vuelve alucinación. (Flusser, 1990: 13) ¿Por qué acudir a la fotografía como herramienta? Para intentar redefinir el campo de la psicología de una manera radical sin evadir el papel que juegan la tecnología, la transmediación y las interacciones virtuales en nuestras relaciones. Además, meternos con la fotografía como psicólogos supone una tarea especialmente relevante en nuestro contexto sociohistórico dada su omnipresencia. “A pesar de ello, tal omnipresencia no debe ser vivida ni tampoco aproximada solamente como fuente de alienación o emancipación en una sociedad del espectáculo.” (Andrade y Elhaik, 2018: 8) Podemos modificar el diálogo, desplazar los significados y movernos de lugar para redefinir nuestras relaciones, no solo con el otro sino con lo otro, nuestra imagen.

Al presentar este trabajo por medio de la fotografía también he pretendido aludir a un hecho que muchas veces pasa inadvertido: que el texto psicológico se produce para que la psicología se re-produzca a sí misma. Cuando investigamos no hablamos del “otro”, del “sujeto” aunque eso pretendamos, sino que la psicología siempre se está hablando a sí misma como ente teórico y creación abstracta. (Mier, 1998: 57) Uno de los objetivos es intervenirnos como investigadores, como de hecho sucede, por medio de una forma del lenguaje con la que no estamos muy

familiarizados, pero que nos permitirá re-pensar lo que es psicólogo y al mismo tiempo emanciparnos de esa definición como ocurre en la formación del Yo. (Aulagnier, pág. 118)

Cada vez que me pregunto por el otro, por el campo, por lo que ignoro, por lo que siento curiosidad, por lo diferente, por lo que me cautiva, también me pregunto por mi propio lugar, por mi propia identidad en relación a eso otro. Cada vez que acudo con el otro también acudo para saber de mí mismo, para redefinirme en la práctica. “La pregunta de ¿quién soy? acompaña insistentemente, irrenunciablemente, al ¿qué miro? y al ¿qué comprendo de estas imágenes?” (Mier, 1998: 57) De esta manera establezco un diálogo *imaginario*, o sea, un intercambio de producciones culturales inscrito en un espacio de transacciones con la imagen, entre la imagen del otro y la mía. Algo que Roland Barthes escenifica a su manera:

Posando ante el objetivo [...] yo no arriesgo tanto [...]. Sin duda, mi existencia la extraigo del fotógrafo. Pero por más que esta dependencia sea imaginaria [...], la vivo con la angustia de una filiación incierta: una imagen –mi imagen- va a nacer: ¿me parirán como un individuo antipático o como un «buen tipo»? [...] Pero lo que yo quisiera que se captase es una textura moral fina, y no una mímica, y como la fotografía es poco sutil, salvo en los grandes retratistas, no sé cómo intervenir desde el interior sobre mi piel. (Barthes, 1989: 38)

### *Valor de uso*

¿Cómo son construidas las imágenes? ¿Desde cuál aparato ideológico y político se configura la imagen de algo o alguien? ¿qué dispositivos se ponen en marcha? ¿qué dimensiones simbólicas operan en la imagen? ¿qué instituciones legitima o impide que critiquemos para que lo instituyente se vuelva instituido?

Como psicólogos nos preparamos para la escucha, pero ¿puedo escuchar al otro? O, ¿qué es lo que escucho: discursos, ideologías, instituciones? Y de la misma manera en que “No solamente vemos con los ojos, vemos con nuestros oídos, con nuestras manos...” (Mitchell, 2015: 43) también escuchamos con la mirada, aprehendemos sentidos, significados, escuchamos lo indecible a través de las imágenes. ¿Cuáles son las intenciones de las imágenes? “¿qué quieren las imágenes?”.

Esta pregunta implica un cambio de paradigma en cuanto a nuestra posición dentro de la relación con las imágenes y la fotografía. Preguntar *qué es lo que quieren las imágenes* en lugar de *qué es lo que hacen* implica abordar la cuestión ya no desde los términos del poder sino del deseo, “del modelo de poder dominante al cual oponerse, al modelo del subalterno al cual interrogar o (mejor) invitar a hablar.” (Mitchell, 2014: 13)

El espectador debe apelar a su propia historia, a sus experiencias en relación a lo que observará a través del relato fotográfico. Que construya nexos, que haga comparaciones, que recuerde, que reviva, que remueva, y de esa manera que construya sus propios sentidos. Qué a través de la expectativa de mi propia experiencia pueda llevar a cabo conmigo un intercambio y de esa manera construyamos el conocimiento. Por eso es importante dar cuenta para inscribir al otro.

Si bien me parece importante recordar el carácter ilusorio de la fotografía, también debo volver a señalar que lo importante no es esta afirmación de por sí. Lo importante es preguntar, ¿qué hacer con eso? ¿qué uso le daremos a este factor? ¿cuál es nuestro posicionamiento ético y político respecto de esta ficción? ¿cuáles serán nuestras intenciones? “Lo importante, en suma, es el control ejercido por el fotógrafo para imponer una dirección ética a su mentira.” (Fontcuberta, 2002: 15) ¿Qué es lo que podemos hacer para que el otro no sea anulado? ¿Podemos recurrir a nuestra propia experiencia en el campo para tratar de hacer resonancia?

Las preguntas que lo visual, la imagen y la fotografía han provocado me empujaron a desgarrar la imagen que tenía de mi propia disciplina, a desconstruir mi práctica y mi reflexión teórica, a hacer a un lado lo ya sabido, lo pensado. Me va permitiendo pensar en otras formas, en “dar vida y hacer emerger algo que no existía sino al momento de ser propuesto.” (Mosqueda, 2007: 19, 20) Esta labor interdisciplinaria es cruzada por la cultura visual, causada por lo visual. La psicología debe seguir pensándose en términos de relaciones de semejanzas y diferencias con otras disciplinas, debe permitir la disección de sus paradigmas para romper sus propios límites y poder identificar las cosas que no se pueden decir, lo que se ignora y lo que conoce de sí misma. (Mitchell, 2015: 43)

Lo inconsciente solo emerge de manera irruptiva y violenta. Deshace la organización consciente y nos obliga a generar nuevas configuraciones, a enfocar la mirada en eso que nos incomoda, de lo que no queremos saber, lo que tratamos de evadir. Este trabajo es la manifestación de la elección de tomar la responsabilidad y el reto de dejar de evadir la cuestión ontológica y epistemológica en mi práctica como investigador. Esto es una intervención teórica para llevar a cabo intervenciones psicosociales.



## Relatos de lo incierto: El proceso

La estación Juárez del tren metropolitano es una de las veintiún estaciones que comprenden la línea tres en la red de transporte colectivo de la Ciudad de México. Una estación que no despierta ningún interés especial en los viajeros al momento en que el tren se encuentra en ella. Tal vez con la excepción de la casualidad curiosa de saber dónde están, a diferencia de otras estaciones con características particulares que atraen a algunos a levantar la vista hacia el otro lado del cristal.

La línea tres, que parte de un costado de ciudad universitaria y atraviesa la gran metrópolis llega a la lejana estación de Indios Verdes en el norte. Fue construida en 1970 como un esfuerzo por proveer a la ciudad de un medio de transporte eficiente que respondiera a las demandas de una población en acelerado crecimiento y con un futuro desafiante. Además, suponía un recurso que abonaría a la movilidad y conectividad de la ciudad más importante del país.

Casi cincuenta años después, esta línea se mantiene como una de las principales venas de una ciudad que superó los ideales metropolitanos de sus planificadores y de los habitantes que la vieron cambiar. Dentro del recorrido de esta línea es sencillo encontrar las similitudes arquitectónicas entre estaciones, como si los diseñadores hubieran esperado que la repetición de formas y espacios provocaran en los viajeros la sensación de no haber recorrido la enorme distancia que la línea supone. Por esta razón, no es difícil identificar que en la mayoría de las estaciones las escaleras para el cambio de dirección se encuentran en el punto medio longitudinal del andén, y que ellas cruzan por debajo de las vías por donde pasa el tren. Estaciones subterráneas con muros revestidos de plástico blanco, pero ahora crema envejecidas por el tiempo; pintadas en algunas secciones de un color naranja muy vivo que responde a la imagen corporativa creada en los años sesenta, o de plano de un gris imperturbable.

Es cierto, al entrar en alguna de estas estaciones se puede llegar a tener la sensación de entrar a otra época o de viajar en otros tiempos, pero eso dependerá de la hora en que se haga. Si es por la mañana indudablemente el sueño jugará un papel importante pues determinará la asimilación de estar en un momento en una estación y en un parpadeo haber avanzado un tramo bastante considerable llegando a la conclusión de la eficiencia de este medio de transporte. Si sucede unas horas después es probable que el tiempo ni el espacio alcancen para poder abordar alguno de los vagones. Por la tarde el tiempo transcurrirá de forma un poco más lógica en relación a la percepción, y por la noche seremos nosotros los que habremos transcurrido por el tiempo de estación en estación.

Así que, más allá de los letreros añejados por el paso del tiempo o de las corridas; las personas, o el polvo, la estación Juárez no es una que se destaque especialmente dentro de la línea tres ni siquiera por su nombre, ya que dos estaciones aledañas también comparten la característica de llevar la imagen y el nombre de un personaje de la historia mexicana, Hidalgo y Guerrero. Tampoco la

distingue el flujo de viajeros que esperan diariamente en ella pues no supone un encuentro de líneas con transbordo. Ni siquiera la distingue su ubicación geográfica a pesar de encontrarse dentro del denominado primer cuadro de la ciudad. La estación Juárez se distingue por la particularidad de que las oficinas administrativas del Sistema de Transporte Colectivo se encuentran justo encima de ella, en la superficie. Es ahí a donde había tenido que dirigirme para solicitar el permiso que me permitiría realizar la investigación.

Salir de la estación era una revelación. Observar todo el movimiento y las diversas actividades que las personas realizaban en ese pequeño tramo de la avenida Cuauhtémoc resultaba contrastante con la quietud del andén que se situaba justo por debajo de sus pies. Vendedores ambulantes con sus puestos de comida, de maquillaje o utensilios que sacarían a cualquiera del apuro; puestos de juguetes artesanales, de jugos o de llaves era la variedad que podía encontrarse a unos pasos de la estación. Además, a todo esto, había que sumarle los inmensos camiones rojos que transportaban a más personas de las que podían encontrar un sitio cómodo y seguro en su interior para viajar; los peatones que caminaban por la calle terminando otra jornada de trabajo, los indigentes apiñados contra una esquina y los automóviles que se movían desesperados por pasar la avenida.

Una avenida del centro histórico, eso era. Un espacio en donde bien se podía entrar a la misa de las seis y al finalizar comer una pizza en el local de la esquina. Sin embargo, la entrada a las oficinas que yo buscaba se ubicaba justo al lado de la puerta de salida de la estación. A medio abrir o a medio cerrar, la puerta se detenía con un cartón, serían las cinco de la tarde y aquello me resultaba comprensible dada la época del año.

Solo entrar, unos pasos más adelante se encontraba la pequeña recepción del oficial de seguridad que con un saludo me indicó la hoja de registro. Llené los espacios con los datos que la página oficial en internet del STC proporcionaba sin saber exactamente a dónde me dirigía. Una opción era la Gerencia de Atención al

Usuario y otra la Dirección de Medios, que por sus facultades y obligaciones serían los departamentos a los que les correspondería procesar la solicitud. Pensaba esto mientras los números del ascensor descendían a planta baja. La puerta que se cerró lentamente enmarcaba al oficial de la recepción que me miraba desde su silla.

Unos meses antes otro oficial me habría mirado con una expresión parecida, solo que aquella vez había sido en uno de los pasillos de la estación Chabacano.

– Usted no puede hacer eso.

– Lo siento oficial, no sabía que estaba prohibido.

– Tiene que entregármela.

– No le puedo dar mi cámara. Puedo borrar las fotos. Mire.

–¿Le tomabas fotos al pasillo?

– Sí, a ese punto donde la luz incide. Pero mire, ya están eliminadas.

– Está bien. Pero no puedes tomar fotos así, uno nunca sabe si le están tomando fotos a algún usuario. Para eso que haces debes sacar un permiso ante el metro. Guarda tu cámara.

– Gracias oficial...

Esa era la razón por la que me encontraba ahí. El abrir de las puertas del ascensor había desvanecido el recuerdo para suplantarlos con un letrero que indicaba: Gerencia de Atención al Usuario.

Al entrar por la puerta, avanzando sobre el piso de linóleo, quedaba delante de mí una habitación rectangular con dos oficinas al fondo divididas por un muro falso y delante de las cuales se encontraban tres escritorios distribuidos por la habitación, una pequeña sala de espera y en el rincón inmediato de la derecha un mueble de recepción detrás del cuál no había nadie.

Después de unos segundos un joven respondió a mi saludo desde el otro extremo de la habitación donde hablaba con una de las secretarias.

– Buenas tardes, ¿qué se le ofrece?

– Quisiera saber ¿qué es lo que necesito para tramitar un permiso para llevar a cabo unas filmaciones dentro de las instalaciones del metro? Me encuentro haciendo un documental. Traje esta solicitud firmada por mis asesores.

– Ya veo. ¿Sólo tienes esta carta?

– Sí, en realidad no sé cuál es el formato que debería entregar, ni al departamento al que debo dirigirme exactamente. Por eso la solicitud está dirigida a la responsable de la gerencia al usuario y al director de medios.

– Mira, en realidad si quieres que los dos la reciban debes imprimir una carta para cada uno y hacer que tus profesores las firmen. Debes incluir estos datos y dirigirte a los responsables de esta manera – me dijo mientras sacaba una tarjeta del escritorio. Aunque el remitente debe ser el director de medios pues nosotros nos reportamos con esa dirección. Pero te puedo decir algo, el director no ha cedido permisos para ninguna de estas actividades, no quiere que nadie grabe nada por el momento. Así que veo muy complicado que respondan tu solicitud. Además, debes incluir un guion técnico, descripción del equipo que vas a usar, fechas, horarios, estaciones, un mapa detallado, y una semblanza del documental.

Tras hacerle algunas preguntas me pareció curioso que el recepcionista se dirigiera a uno de los secretarios como “licenciado” para hacerle las mismas preguntas que le hacía yo. Resultaba un tanto extraño que hiciera eso pues la habitación se encontraba prácticamente vacía y la conversación que teníamos resonaba por todo el espacio. Me habían dejado con la impresión de que las cosas en ese lugar eran más complicadas de lo que parecían.

Una semana después recibía una llamada de la gerencia de atención al usuario y de la dirección de medios para agendar las entrevistas ante los responsables de los departamentos que había solicitado para resolver las dudas que ellos tuvieran. Tres días después me encontraría de nuevo en la recepción de la gerencia esperando a la licenciada responsable. *No quiere que nadie grabe nada por el momento*. Recordaba esa frase que hacía que me preguntara, ¿en dónde me coloca esta situación a mí? ¿Debería adoptar una actitud un tanto desinteresada y de no insistencia? ¿Qué esperarían de mi trabajo para aceptar o rechazar la solicitud? Y, ¿por qué sentía que *esperaban* algo de mí?

Para mi sorpresa la licenciada se había mostrado entusiasmada con el proyecto y además había propuesto algunas ideas para el contenido del documental. Recuerdo la incomodidad de no haber sido totalmente explícito en cuanto a los personajes que aparecerían en él. ¿Por qué había decidido no mencionarlo a menos que me lo preguntaran? ¿Por qué lo había omitido? ¿Porque esperaba que con esta omisión el trámite fuera más sencillo? Esta situación me causaba ansiedad.

Dos días después me encontraba en la dirección de medios esperando al licenciado responsable. Sin embargo, después de unos minutos en la recepción la secretaria me comentó que no había agendado la cita y que me atendería otra persona. A veces el investigador suele tomar algunos de los acontecimientos que le suceden con una tremenda paranoia, como si estos fueran dirigidos específicamente a su persona o a su trabajo. ¿Sería que se trataba de una especie de sabotaje? ¿Por qué el director no había querido verme? O cosas por el estilo. En ese momento la situación me había hecho sentir así. Tal vez esta postura de mi parte se debía más al deseo de que todo saliera de acuerdo al plan y esta particularidad movía el ideal.

El licenciado entraba a la pequeña sala de espera por una puerta alejada de la que no me había percatado. Me hablaba firmemente, pero sin poner mucha atención a lo que yo le respondía. Desde que había entrado a la sala había permanecido de

pie con lo que yo había entendido que no íbamos a entrar a ninguna oficina, lo que se confirmó cuando comenzó a caminar hacia el ascensor del cual había venido. Subimos mientras me hacía algunas preguntas sobre mi trabajo, era claro que ya estaba enterado de todo y que había leído la solicitud con toda la información que me habían pedido. Así que cuando salíamos del ascensor ya había despejado casi todas sus dudas. El que tenía ciertas preguntas era yo. Entramos por una puerta de la que no pude identificar ningún letrero y atravesamos una habitación con cielo muy bajo y algunas impresoras de las usadas para hacer carteles. Al llegar a su oficina me comentó que estaba enterado de la reunión que había tenido días antes y que la gerente de atención al usuario le había puesto al tanto de la mayoría de los detalles.

Era un hombre pragmático y directo, así que después de unos minutos la charla estaba casi agotada. El grueso de la “entrevista” había transcurrido entre pasillos y ascensor, pero ahora que estábamos sentados frente a frente me había hecho una petición: que si en algún momento sucedía algo delicado mientras yo filmaba debía borrarlo. Le respondí que no me consideraba una persona morbosa y que esa no era la intención de mi trabajo, aunque estaba abierto a cualquier historia. Por ese motivo no había entregado un guion argumental ni un guion técnico detallado pues no sabía que era lo que encontraría. Esa era mi postura metodológica en ese momento, estaba apostando por un enfoque etnográfico lo suficientemente flexible que me permitiera evitar centrarme en un solo personaje para poner más atención a las dinámicas entre ellos, a las relaciones entre nosotros.

Después de observarme unos segundos desde el otro lado del escritorio pareció haber evaluado la situación y ahora trataba de explicar los motivos de su cautela. No tenía idea de qué pasaría con el material que yo recopilaría y tenía que asegurarse de ser lo suficientemente claro con la postura institucional en esas situaciones. Hemos tenido algunas malas experiencias con videos filtrados en redes sociales, me dijo. Yo comprendía de alguna manera las precauciones que tomaban, pero eso de sucesos delicados resultaba para mí una categoría un tanto ambigua.

¿Por qué algo se consideraría delicado? Y, ¿quién lo determinaba o no? Aunque estas preguntas me dejaban algo pensativo en ese momento decidí dejarlas para después. Un recuerdo me asaltó de repente, el *Cine del Metro*.

Tres semanas antes de encontrarme frente a frente con el licenciado en la silla de su oficina caminaba por los pasillos del transbordo de la estación Zapata. Era una más de las noches en las que me encontraba realizando observación. Algunos días atrás había decidido llevar a cabo esta estrategia pues hacía una semana los operativos que el STC llevaba a cabo para retirar a los vendedores ambulantes de sus instalaciones se habían intensificado considerablemente, cada vez era más difícil para mí encontrar a alguno de estos vendedores durante el día, y si lo hacía era un instante muy fugaz pues ellos mismos tenían que mantenerse en constante movimiento para no ser descubiertos. Los pasillos que antes habían estado llenos de vendedores con las mercancías más variadas, (frituras, chocolates, rosas de plástico, linternas, peluches, accesorios para celular, rompecabezas, tamales, tortas, libros) ahora se encontraban desiertos la mayor parte del día. En su lugar, exactamente en el mismo sitio donde los vendedores se colocaban, ahora se encontraban policías auxiliares, vigilancia o PBI's resguardando el espacio o esperando para interceptar a algún despistado.

Fue cierta noche en Mixcoac cuando, regresando a casa, al pie de las escaleras esperaban sentados un padre con su hijo y dos cajas llenas de frituras. ¿Qué estarían haciendo ahí con la mercancía guardada? La respuesta me vino inmediata cuando al doblar la esquina del muro me encontré con una docena de oficiales formados en dos filas frente a su superior que terminaban la jornada del día y que en unos minutos abandonarían la estación. Era una posibilidad muy alta que los oficiales supieran de la presencia de los vendedores que esperaban en las escaleras. Sin embargo, estaba claro que ellos no harían nada más ya que su turno había terminado. Serían alrededor de las diez de la noche.

Cuando bajé las escaleras que restaban encontré a un grupo de cinco vendedores instalados estratégicamente en uno de los pasillos que llevaban al andén. Era ahí cuando comenzaba la venta hasta que la estación cerrara a las doce de la noche. Aquella escena me dejaba con la impresión de que la relación entre los vendedores y los oficiales no era del todo hostil ya que se encontraba enmarcada por los tiempos institucionales, y que la puesta en escena de los oficiales versus los extraoficiales había sido puesta en evidencia como tal. Las preguntas que surgían eran: ¿qué pasaría si alguno de ellos se encontrara en otro escenario después de terminado el acto? ¿tendrían la misma actitud hacia el otro fuera de las instalaciones del metro? Era indudable que las representaciones a las que el uniforme llamaba no podían pasar por alto las representaciones a las que el vendedor y su mercancía hacían alusión, pero, ¿por qué?

Esa noche, durante todo el camino de regreso a casa no podría dejar de darle vueltas al asunto, menos cuando los vendedores que no había podido encontrar durante otros momentos del día ahora entraban y salían del vagón en el que viajaba ofreciendo su mercancía. Fue ahí cuando quedó claro que si algo podía ser observado sería después de las diez de la noche. Los oficiales terminarían sus turnos y los extraoficiales comenzarían los suyos, al igual que yo.

Era por eso que durante días me había paseado por los pasillos de las estaciones buscando y observando, esperando. Esa noche me encontraba en el transbordo de la estación del metro Zapata y el cine del metro se plantaba ante mí interrumpiendo mis pensamientos. Aquello podría ser una posibilidad, pero no podía saber hasta qué punto.

– Tal vez, si ustedes están de acuerdo con el resultado del trabajo, el documental pueda mostrarse en el cine del metro que se encuentra en la estación Zapata. – Proponía mientras el licenciado me miraba pensativo. – Si no me equivoco este año el STC cumple 50 años y, ¿qué mejor que mostrar un documental que fue hecho en el metro en *el cine del metro*?

– Puede ser.

Al día siguiente de la entrevista con el licenciado tuve un encuentro con un vendedor dentro de uno de los vagones del metro de la línea ocho al que llamaré Ernesto, y con el que tuve una larga charla mientras le acompañé durante su trabajo. Ernesto era un hombre bajo que mostraba el esmero que ponía en su presentación personal, aunque vestía de manera informal. Fue mientras me dirigía al primer cuadro de la ciudad que él entró al vagón en el que yo viajaba. Pude distinguirlo únicamente por el pregón que realizaba para vender sus productos ya que la escasa luz del vagón no abonaba a mis esfuerzos por encontrar a la persona que trataba de llamar la atención hacia sí mismo. Después de unos minutos Ernesto se encontraba frente a mí después de haber atravesado con dificultades el oscuro vagón que llevaba a un número considerable de pasajeros. Fue ahí cuando me presenté y le pedí una oportunidad para acompañarlo. Ernesto solo me miraba desconfiadamente pero pensativo. Después de guardar su mercancía en una bolsa al llegar a la siguiente estación me dijo *sígueme*, las puertas del tren se cerraban detrás de nosotros.

Ernesto y yo recorrimos tres veces el tramo de la línea donde trabajaba, y dónde, según me había contado, había trabajado los últimos catorce años. ¿Cómo había hecho para trabajar catorce años en un lugar donde se habían empeñado en correrlos a como diera lugar? ¿Qué era aquello que había permitido su presencia durante tanto tiempo más allá del dinero, o las estrategias para no ser descubierto? ¿Qué clase de relación había establecido con los oficiales, o con sus compañeros de trabajo para asegurar su presencia en ese escenario? Su respuesta me dejaba con una sensación de pequeñez con relación al tiempo, me había hecho sentir apenado una vez más por el hecho de haber asumido al principio de la investigación que me encontraría con algo nuevo, cuando en realidad lo nuevo solo se encontraba

en mí. Tal vez este fuera un rasgo colonialista de la relación entre investigador-investigado de la que había leído tanto y que se manifestaba en la mirada del investigador que aprehende todo lo que encuentra como algo virgen a lo que se le tiene que asignar el nombre y el sentido del que carecen.

Pasar de un vagón a otro era un movimiento que los vendedores denominaban hacer el cambio, y entre cambio y cambio Ernesto compartía algunas cosas y respondía otras tantas. Y mientras hablaba sobre su familia y la forma en que se había convertido en vendedor de vagón recordé la historia de otro, Carlos...

Lo había conocido cuatro días antes en la línea uno, a la altura de Isabel la Católica. Esa tarde había recorrido la línea desde Pantitlán e iba dormitando en el asiento del fondo del vagón esperando a que alguien subiera a vender. Uno de los hombres que iba sentado en el lugar que quedaba de frente a mi perfil llevaba puesta una chamarra con el logo del STC y no dejaba de mirar por encima de su hombro cada vez que las puertas se abrían. Solo fue cuando Carlos comenzó a hablar que pude despertar de la siesta involuntaria en la que me había sumergido. Inmediatamente giré la cabeza hacia donde se encontraba y avancé lentamente detrás de él. Cuando estábamos por salir del vagón y antes de que hiciera el cambio le advertí sobre el hombre que había visto antes, fue ahí cuando me presenté mientras esperábamos el siguiente tren.

Carlos me contaba que llevaba treinta años trabajando como vendedor en el metro y que gracias a eso había podido mantener a una familia de cinco integrantes, sus dos hijos habían podido estudiar ingenierías en el Instituto Politécnico Nacional y ahora eran profesionistas. Era por eso que había accedido a que lo acompañara pues recordaba lo que sus hijos habían hecho para poder terminar sus estudios. También me decía implícitamente que le interesaba la idea de mostrar a más personas la forma en que se ganaba la vida y todo lo que había detrás de lo que se dejaba ver. Sin embargo, después de acompañarlo por algunas horas y pedirle permiso para filmar, su actitud cambió a una evasiva negativa. Respondía a mis

insistencias con sonidos que me resultaban difíciles de interpretar, pero era evidente que aquello le incomodaba. Yo continuaba mencionándole lo importante que resultaba su experiencia para mí y para contribuir a la redefinición de la imagen que otras personas tenían de los vendedores.

Carlos accedió mientras el tren llegaba, pero me señaló que no sería en ese momento sino doce días después. Ambos abordamos el vagón y yo continúe observando desde un extremo del vagón mientras él se movía entre la gente. Nos habíamos despedido, pues esa sería su última corrida. Cuando llegamos a Balderas nos miramos desde los extremos del vagón mientras extendíamos las palmas, el haría el cambio y yo tomaría mi camino de regreso a casa...

Así que catorce años... Catorce y treinta, eso era mucho tiempo. Ernesto me decía que había sido un tío suyo quien lo había metido al metro cuando tenía dieciséis años, solo podían entrar familiares de otros vendedores y su tío le había enseñado el oficio para que no se lo *chamaquearan*. Ernesto hablaba rápidamente mientras hacía una inspección aún más rápida con la mirada del andén y el vagón que abordábamos cada vez que hacíamos el cambio, y en las pausas de sus anuncios me contaba acerca de lo difícil que resultaba a veces alcanzar el monto que se fijaba cada día cuando se llevaban a cabo operativos. Algunos oficiales lo conocían, era evidente. Bastaba que alguien prestara mínima atención durante veinte minutos en alguna estación para que se diera cuenta de los movimientos que se realizaban en las estaciones. Los pasajeros eran movimiento, flujos, pero los personajes de cada estación eran fácilmente identificables después de unos minutos: los oficiales, los jefes de estación, los trabajadores de limpieza y por supuesto los vendedores que cambiarían de vagón o de dirección para comenzar una nueva corrida.

En cierto momento de la conversación pregunté si le gustaría colaborar en la investigación, a lo que él respondió tajantemente que no. No quería aparecer en ningún documental pues le resultaba arriesgado... Su postura hizo que me

preguntara sobre qué era lo que arriesgaba yo con todo aquello. ¿Sería que él no consideraba que yo estaba arriesgándome al pedirle un extra? Esto me colocaba en un lugar al que yo no habría llegado ni hipotéticamente, Ernesto me confrontaba con una respuesta sumamente simple. Aun así, decidí quedarme algunos minutos más con él para seguir escuchando las cosas que me decía y reservar en algún lugar de la memoria lo que no decía. Poco después llegaríamos a la base, la estación donde haría el cambio de dirección para iniciar de nuevo. Agradecido me despedí a través de la ventana mientras él permanecía quieto mirando el tren que se alejaba.

El trimestre había terminado algunos días antes, pero yo consideraba que mi trabajo de campo apenas comenzaba, las filmaciones estaban lejos de iniciar. En esos días más que nunca la paciencia, el control de la ansiedad, el trabajo de reflexión y la confianza en el campo que pensaba se manifestaría de un momento a otro estaban siendo probados. Solo se trataba de poner atención para descubrir eso que estaba ahí esperándome para salir de su escondite. Sin embargo, todo eso estaba muy lejos de la experiencia que resultaría semanas después.

Fue gracias a uno de mis asesores que pude contactar a Esteban, un vendedor aparentemente retirado que resultaba ser a la vez un colega ya que había estudiado la licenciatura en psicología en la misma universidad unos años antes. Esteban había llevado a cabo una investigación acerca de los vendedores en el metro mientras él mismo llevaba a cabo esa actividad. Recientemente había obtenido una maestría por la UNAM y en esos días se encontraba trabajando para el gobierno de la ciudad en el programa PILARES impulsado por la Secretaría de Educación Pública.

Esteban me había citado para reunirnos por la tarde en la estación del metro Iztacalco la mañana que llamé a su celular. Además de haber leído su tesis y saber que se trataba de un colega no contaba con más información. Cuando el andén llegó un hombre con bastón salió del vagón que se encontraba a mi derecha, era una tarde lluviosa. La conversación inició con ímpetu y continuó su ritmo casi con la misma intensidad hasta que nos despedimos casi cinco horas después en un andén de la estación Pantitlán.

No me di cuenta de qué cantidad de la ruta había sido intencional hasta que, tras encontrar a Verónica, Esteban me advirtió cuál sería la siguiente estación que visitaríamos. Nuestra conversación permitió que poco a poco pudiera enterarme de que Esteban contaba con estudios de posgrado y que en ese momento se encontraba trabajando para una dependencia del gobierno. Esteban no había sido un vendedor como tal sino un músico en la línea tres tal y como él hacía la distinción. Eso significaba que aún entre trabajadores ambulantes, o por lo menos en el metro, se presentaban diferenciaciones y jerarquías. Mencionaba que con los músicos sucedía así porque se daba por sentado que ellos contaban con estudios adicionales que les permitían tocar algún instrumento, además ellos no vendían artículos, sino que ofrecían cultura.

Además, dentro de los vendedores también había una distinción entre los mal llamados *vagoneros* (término despectivo) y los *pasilleros*, vendedores que se colocaban en cualquier pasillo de las estaciones exponiendo su mercancía sobre el suelo. Esta información me dejaba pensando acerca del tema del poder y cómo circulaba o no a través de una trama de relaciones que ahora resultaba más compleja de lo que había imaginado, ¿qué lugar ocupaban los vagoneros frente a los pasilleros en relación a la importancia que cada uno le imprimía a su actividad? Y en ese caso, ¿cuáles eran los parámetros para definir esa importancia? ¿la capacidad de venta, el nivel de confrontación con la autoridad, la valoración que los pasajeros les tenían? ¿Sufrirían el mismo nivel de persecución ambos grupos por

parte de los oficiales? ¿O sería que consideraban de una manera a unos y de otra a otros? ¿por qué?

Al transbordar en la estación Chabacano pudimos encontrar a algunos vendedores, ese era el propósito de Esteban que hasta ese momento desconocía. Ellos habían tardado en reconocerle, pero después de un instante lo saludaron efusivamente. La manera en que se dirigían a él me daba la impresión de que Esteban representaba para ellos una especie de autoridad, lo que él me confirmó después al mencionar el gran tiempo que había permanecido en ese trabajo. Así que después de eso nos dirigíamos nuevamente a nuestro destino con la esperanza de encontrar a más vendedores que quisieran colaborar conmigo. Sin embargo, el camino se llenaba de palabras y la distancia de los pasillos se acortaba con la conversación que manteníamos a un paso lento.

Cuando llegamos a la estación Centro Médico tuvimos la suerte de encontrar a Verónica, una exvendedora *de antaño* que, como me comentaron después había sido una de las primeras vendedoras que iniciaron con esa actividad en el metro. Verónica era una madre solitaria ahora que sus hijos habían crecido y podían mantenerse por sus propios medios, por esa razón Verónica se veía atraída con la idea de regresar a los vagones. Ella y Esteban hablaban entre sí con una enorme confianza y con cierto tipo de añoranza que lograba identificar en algunas de sus frases, sin duda se trataba de dos viejos compañeros. Después de la mención sobre mi trabajo por parte de Esteban Verónica accedió de buena gana, con cierto entusiasmo, aunque la fecha no quedaba definida pues debía consultar su agenda.

Algunos pasos más adelante Gerardo nos encontró a Esteban y a mí conversando. Tras saludar a Esteban éste le comentó sobre mi trabajo a lo que Gerardo aceptó muy emocionado. Tendría mi edad, entre veinte y veintitrés años. A diferencia de mis numerosos intentos por conseguir una colaboración durante semanas, las peticiones de Esteban eran cumplidas al instante, lo que me hacía considerar la relación que él había tenido con sus compañeros y la forma en que

ellos podían pasar por alto algunas de las reglas no escritas sobre lo que podían mostrar o no y aceptar a colaborar con el documental.

– Pero quiero que nos vayamos a Guerrero a donde están esos perros, me pedía como condición. Ya van dos veces en esta semana que me agarran y quiero que se vea cómo te tratan sin respeto y casi siempre provocándote para agregar más faltas en tu presentación ante el juez cívico. Son muy hipócritas, siempre les doy para que me suelten y ahora que se les pegó la gana no quisieron aceptar.

Todo eso me hacía recordar de nuevo la dinámica entre lo oficial y lo extraoficial. ¿Sería que la relación era diferente tomando en cuenta las características personales de cada vendedor y cada guardia? ¿se podía hablar de una dinámica entre representaciones sociales? ¿entre instituciones? La fuerza con la que hablaba Gerardo podía sentirse en el aire, tal vez fuera porque era bastante joven o porque había sido una experiencia reciente, pero podía transmitir su animosidad.

Después de hacerle una breve descripción de lo que sería nuestra colaboración acordamos ponernos en contacto en una fecha determinada. Tras proporcionarme un número Esteban y yo continuamos con el camino.

Dos días después de haber caminado tanto al lado de Esteban me encontraría con otro vendedor en el extremo de un andén de la estación del metro Chabacano, Chapulín. Era un hombre de cincuenta y tantos años, tal vez rondaría los sesenta. Lo que más llamaba la atención a primera vista de este hombre era la cantidad de collares hechos de chaquiras que colgaban de su cuello. Chapulín era un hombre enjuto de andar firme y sigiloso al que solo pude identificar por el hecho de que éramos las dos únicas personas que habían bajado del vagón sin precipitarse hacia

las escaleras revisando el fondo del andén cuando bajábamos mirando hacia izquierda y derecha. Fue cuando estuvimos solos a mitad del andén central que me acerqué a él y le pregunté qué era lo que vendía.

Chapulín evaluaba detenidamente las cosas que le comunicaba y lo que le pedía. A decir verdad, ya no albergaba muchas esperanzas acerca de su disposición a colaborar en el documental, pero aun así se lo estaba proponiendo. Chapulín no me permitiría filmar, pero sí acompañarle y escuchar su historia. Iniciaba diciéndome que había notado en los últimos días que su visión ya no era la misma, estaba envejeciendo, me decía mientras bajábamos las escaleras del andén.

Dentro de las reglas no escritas entre los vendedores quedaba claro que se apoyaban unos a otros siempre que pudieran hacerlo o que se encontraran cerca de un altercado con guardias de estación. Sin embargo, algo muy claro también era que, por lo menos en la experiencia de Chapulín, los demás vendedores no llegaban a ser amigos solo por el hecho de ser vendedores, a lo sumo eran compañeros de trabajo. Me dejaba con la impresión cada vez más certera de que mis intentos por “comprender” probablemente se tratarían de la interpretación más alejada posible, y que terminaría siendo desmentida cada vez que el tiempo con el otro avanzara más y más.

Algo parecido me había hecho sentir la conversación que había tenido unas semanas antes con el anciano de Tacubaya. Un hombre de sesenta y tantos que vendía desarmadores de cruz y cutters por las noches y con quien me había encontrado en el andén mientras bajaba para esperar la siguiente corrida. Él me había dado una pista sobre lo que Chapulín ahora suscribía: que esta no era una actividad necesariamente grupal, o que los vendedores no suponían un grupo como el significado de la palabra sugería. El anciano de Tacubaya había entrado al metro hacía un tiempo considerablemente reciente en relación a otras estadías con las que me había encontrado. Él había podido entrar y permanecer por el respeto y la

atención que los demás le tenían de acuerdo a su edad, pero consideraba que más allá de eso no había nada más, de hecho, no pasaba mucho tiempo con otros vendedores.

Chapulín me dejaba claro que ese era un trabajo como cualquier otro y en el que había visto pasar muchas personas, no todas se habían convertido en sus amigos y de la mayoría solo conocía el apodo. Tal vez lo que más tuvieran en común entre ellos sería la desconfianza que le profesaban a los guardias, pero más allá de eso ¿quién podría saberlo?

Los días que siguieron al encuentro con Esteban mantuvimos contacto por medio de WhatsApp. Esteban compartía conmigo enlaces de artículos y notas que en su mayoría exponían el maltrato que los oficiales llevaban a cabo en los operativos y detenciones hacia los vendedores. Compartía su tesis de grado de maestría y las colaboraciones que había realizado con otros investigadores en sus trabajos con vendedores. Al principio mi actitud era de total agradecimiento por la disposición y generosidad con la que Esteban me había recibido. Sin embargo, con el transcurso de los días cierta incomodidad se presentaba al momento de escuchar las sugerencias que continuaba haciendo respecto al rumbo que mi trabajo debería tomar. Esteban resultaba para mí una persona muy interesante ya que representaba para mí un intermediario, una especie de traductor entre el campo y la academia, entre lo oficial y lo extraoficial.

Él había sido por algún tiempo un extraoficial, pero ahora había pasado a lo oficial al trabajar para una institución gubernamental. Ya no se encontraba más en la informalidad, ahora *era* formalmente. Me parecía curioso que en su discurso se encontraba siempre la confirmación de que lo mejor que se podía hacer era pasar

al otro lado, dejar de ser de alguna manera un extraoficial, y con esto invitaba a sus compañeros a volver a los estudios, a acercarse con alguna instancia gubernamental. ¿Sería que Esteban habría olvidado la compleja combinación de factores que impedían el desplazamiento de sus compañeros a otros escenarios? No lo creía, pero una pregunta permanecía ¿qué era lo que hacía que Esteban abanderara el discurso institucional del lugar en donde ahora trabajaba?

La estación Tacubaya se encontraba semivacía mientras esperaba recargado en una pared del andén a Carlos, lo esperaba justo en el punto donde habíamos acordado. Habían pasado doce días desde nuestro encuentro y me preguntaba si tendría suerte de encontrarlo. Después de veinte minutos pude divisarlo bajando las escaleras para hacer el cambio de dirección, me levante inmediatamente y esperé a que llegara al punto donde estaba. Carlos traía una bolsa negra y su peinado era idéntico a como lo recordaba, lo saludé cuando lo tenía casi de frente.

Carlos se mostraba algo cortante y apresurado. Me comentaba que recientemente se había llevado a cabo un operativo donde un gran número de compañeros habían sido arrestados sin motivos aparentes. Ya no quería aparecer en el documental y daba por terminada nuestra colaboración, sus compañeros de línea le habían prohibido hablar más conmigo con la advertencia de correrlo de su tramo.

Lo que decía me había dejado con la impresión de que sospechaba que yo fuera una especie de espía o de soplón, nunca podría demostrarle lo contrario si no me daba la oportunidad para hacerlo así que insistí en que me permitiera acompañarle sin filmar.

– Si quieres ver cómo son las cosas, ¿por qué no te vas a Pino Suárez? Ahí de vas a dar cuenta de lo que pasa realmente. Allá nos remiten ante el juez cívico, pero puedes ver muchas cosas. – Me decía mientras se alejaba con otros dos vendedores.

Me quedé pensativo en el andén.

Ciertamente la ansiedad se abría paso cada vez más firmemente y me preguntaba qué estrategia tomaría para llevar a cabo el trabajo de campo. La mayoría de los encuentros me habían parecido una especie de fracaso ya que el material fílmico había sido muy poco y en la mayoría de los casos inexistente, y los encuentros eran de una naturaleza muy fugaz. Hasta el momento no había podido encontrar a un vendedor más de dos veces, aunque prestaba atención a los rostros de las personas. ¿Qué se debía hacer? ¿qué dictaban los manuales metodológicos? ¿podría acudir a alguno de ellos para otorgarle un sentido a todo lo que estaba pasando? ¿hacia qué dirección me dirigiría?

Dos días después recibía un mensaje de Esteban invitándome a una plática que se llevaría a cabo dentro de las instalaciones de la SEP en el centro histórico, sobre la calle Justo Sierra. A la sesión acudiría un número considerable de vendedores y algunos representantes del programa PILARES, entre ellos Esteban, con la finalidad de ofrecer a los vendedores del metro opciones para reintegrarlos a la sociedad.

Nada más salir de la estación del metro Zócalo se transformaba la experiencia en una casi surreal debido a todos los personajes que desfilaban frente a mí. Sobre la acera iban y venían turistas, locales, danzantes, indigentes. Sobre el

suelo se amontonaban una gran cantidad de vendedores que se esforzaban por compartir el espacio equitativamente con otros vendedores, el tránsito local y los peatones a los que les ofrecían su mercancía. Al doblar por la calle del Carmen el panorama se tornaba más caótico o más pintoresco, como se quiera ver. Sobre esa calle era casi imposible caminar o, mejor dicho, sobre sus aceras. Me veía obligado como muchos otros a avanzar sobre la calle entre los autos en contraflujo pues el espacio en las aceras se encontraba ocupado por vendedores ambulantes que llenaban el aire con sus pregones anunciando las increíbles ofertas del día.

Así, al llegar a Justo Sierra y doblar a la derecha el diverso cuadro que dejaba atrás era suplantado por una calle empedrada más tranquila y poco menos ruidosa. Al llegar a las rejas del edificio sede de la secretaría me encontraba con que se hallaban cerradas. Fue un guardia el que se acercó a preguntar el motivo de mi visita y tras confirmar el asunto abrió la puerta. Tras subir las escaleras entraba a un angosto vestíbulo que mostraba dos pasillos a ambos lados. Era el grupo de personas que se encontraba a la izquierda el que me indicaba el camino.

Entre ellas se encontraba Esteban portando un chaleco verde del programa oficial con su inconfundible bastón. Me comentaba que él esperaba que nadie lo reconociera y sin embargo habían asistido en su mayoría personas que él conocía. El comentario me dejaba pensativo sobre la imagen que Esteban se había hecho de sí mismo y la relación que trataba de establecer con los asistentes a la charla. ¿Sería que él los había invitado y por esa razón ellos asistían? O ¿por qué asistían? Y si se había tratado de una invitación extensiva a todo público, ¿por qué solo los conocidos de Esteban habían asistido?

La charla, que estaba siendo apropiada por uno de los responsables del programa PILARES jefe de Esteban, daba la impresión de ser una reunión que estaba impulsada por el deber y eso resultaba un tanto incómodo. Detrás de las filas donde se habían sentado los vendedores yo me encontraba filmando la situación completa. Desde ahí podía notar la pereza que les provocaba a los más jóvenes el

discurso del expositor, algunos comían, otros se distraían con su celular y unos cuantos dormitaban. Eran pocos los que prestaban atención diligente y en verdad este no era el público al que el expositor estaba tratando de cautivar. Se mostraban planes, los fines del programa y los beneficios que los vendedores obtendrían de todo aquello. Sin embargo, tras la exposición de algunos datos lo único que ocupaba mi mente era una parte de la charla que había mantenido con Esteban el día que nos conocimos...

– La mayoría de los vendedores piensa que puede salir de este negocio cuando quiera y que, si en un día pudo reunir ochocientos pesos ese será su ingreso constante, pero es una ilusión. Sin embargo, es un ingreso por arriba del promedio y muy por encima de lo que ganarían en un trabajo “estable” con jornada de ocho horas diarias...

Me parecía que lo que ofrecían en ese lugar nunca se compararía con o que los vendedores podrían sentir que ganaban en el metro. Además, el objetivo del programa, o por lo menos de la oferta que ahí se hacía, solo trataba de sacar a los vendedores del metro sí o sí. Era como una forma de arrebatarles la opción de decir que el gobierno no los apoyaba de ninguna manera. Esta era una relación muy extraña en donde una parte pretendía demostrar su interés por la otra por medio de una exposición, y donde la otra acudía por la curiosidad de saber si podría sacar algo más de todo aquello sin abandonar su actividad. ¿De qué se trataba? ¿Uno simulaba para el otro y viceversa? Pero, ¿por qué simular? ¿para quién simular?

Casi al terminar la exposición pude acercarme a José, un líder miembro de la confederación de vagoneros al que le planteé los motivos de mi asistencia antes de invitarle a colaborar en el documental que estaba realizando. José me miraba fijamente y con interés, un hombre alto y serio me respondió algo entusiasmado que él podría arreglar una reunión con la confederación para que otros compañeros hablaran sobre sus experiencias y en lo que el grupo estaba trabajando. Tendría que hablarles sobre mí y después me daría una respuesta.

Había escuchado acerca de los representantes y leído sobre algunas actividades que habían estado llevando a cabo unos meses antes. Entre ellas se encontraban un par de marchas sobre algunas avenidas importantes de la ciudad en las que se habían registrado cinco mil asistentes aproximadamente protestando por los operativos realizados en los primeros meses del año. También llevaban a cabo reuniones con ciertas figuras políticas o diputados que habían estado dispuestos a escucharlos para atender su situación.

Salí del auditorio un tanto decepcionado con el discurso que el representante del programa había compartido. ¿Cuál era la imagen que ellos tenían de los vendedores y qué esperaban de ellos? ¿Esperaban que de buenas a primeras abandonaran la fuente de ingresos que para la mayoría proporcionaba la única manera de llevar alimento a casa? Todo eso me hacía sentir como si lo que importara más en ese programa social era una cifra en lugar de las personas a las que representaba. Podía identificar que lo que me molestaba era sentirme decepcionado e imaginaba que, si a mí como investigador me habían hecho sentir así, los vendedores tendrían una sensación parecida. Al momento de doblar la esquina y avanzar sobre la calle vieja del Carmen me encontraba con un panorama totalmente diferente al que me había encontrado unas horas antes. Algunas puertas de las casonas que daban hacia la calle se hallaban cerradas y los papeles y cartones se amontonaban contra los muros. El flujo de personas había disminuido considerablemente y ahora podía caminar sobre la acera. Soplaban un viento inquieto, no tardaría en llover, esperaba poder entrar al metro antes de que eso ocurriera.

Las fechas que había programado con Verónica y Gerardo ya habían pasado y lo único que había obtenido de esos días era el tono del timbre telefónico. Nunca contestaron, tampoco los mensajes. Encontrarlos en la línea tres también había sido una tarea imposible. Por otro lado, tuve la oportunidad de ponerme de acuerdo con Lara para vernos cierto día en la línea uno, ella estaba de acuerdo en colaborar con el documental e iba a permitir que la filmara.

Nos vemos en la zona de torniquetes de la estación Chapultepec, me había dicho. Ahí me encontraba, eran las siete de la mañana. Ella llegaría en breve, me había enviado un mensaje diciendo que el tren en el que viajaba se encontraba detenido en Insurgentes. Diez minutos después llegó con su hermana. Tras presentarnos por primera vez en persona decidimos cuál sería el camino que tomaríamos para acompañarlas, iríamos a Tacubaya y de ahí cambiaríamos de dirección hacia Pantitlán para tomar el tramo completo hacia Balderas. Lara y su hermana eran dos mujeres que trabajaban en la sección de vagones exclusiva para mujeres, pues según me contaban, a ese espacio no entraban los oficiales y era mucho menos probable que las sorprendieran vendiendo. De cualquier forma, Lara se tomaba muchas más precauciones de las que eran necesarias, me decía su hermana.

Lara y yo abordamos el vagón inmediato a la sección de mujeres y su hermana se quedó en aquella zona. Mientras entrábamos me comentaba que los dos tendríamos que cuidarnos entre nosotros para que no fuéramos sorprendidos. Después de mucho tiempo podría filmar.

Cuando llegamos a la estación Insurgentes Lara decidió bajar del tren para esperar a su hermana. Pero a pesar de haber esperado hasta que el tren se marchó no pudimos encontrarla. Lara llamaba por teléfono, pero nadie respondía. Entre intento e intento otro tren llegaba, esta vez lo que Lara encontró fue a otros vendedores que se acercaron a ella y la saludaron. Yo permanecía a unos pasos recargado en unos de los pilares tallados a la usanza colonial, ellos ignoraban que

estaba filmando a Lara. Comentaron entre ellos que los oficiales vigilaban los vagones en los que habían llegado y que por suerte no los habían descubierto. Cuando el siguiente tren llegaba se despidieron de Lara deseándose suerte, aunque la preocupación de ella aumentaba, se notaba en su rostro.

De pronto un silbato sonó, cinco oficiales salieron de distintos vagones mientras gritaban *¡En el tercero!* Todos corrieron al fondo del andén mientras Lara los miraba angustiada... Nada. Los oficiales salían del vagón confundidos, no habían encontrado nada. El tren prosiguió su marcha y Lara al igual que los oficiales se acercó a mí con una mirada confundida. Después de intentar un par de veces su hermana por fin contestaba, llegaría en el siguiente tren.

Mientras la acompañaba Lara me contaba cómo por medio de su expareja había conseguido entrar al metro y la forma en que la situación se había complicado al suceder la ruptura. Su hermana había entrado de hecho para cuidarla no solo de los oficiales sino principalmente de los demás vendedores ya que un gran número de ellos resultaban ser familia de su expareja.

Cada vez que intentaba comentar algo acerca de sus estrategias o de algunos incidentes que había tenido con oficiales se detenía y trataba de cambiar la conversación. Aquello me resultó curioso y decidí apagar la cámara. Tras preguntarle de nuevo acerca de los relatos que unos minutos antes había interrumpido Lara me ofreció una narración detallada y extensa sobre aquellos incidentes. Finalmente me comentaría que ella no podía darme ciertos detalles, *revelar* esa era la palabra que había usado, ante la cámara. Esas cosas no podían saberse pues si algunos oficiales le habían ayudado de forma honesta y considerada y aquello se sabía resultaría arriesgado para los oficiales y los vendedores, o al menos para la relación que mantenían.

Lara me había ayudado a comprender que la relación con los oficiales no siempre se trataba de una abierta hostilidad, sino que en muchas ocasiones se

trataba de una secreta complicidad que no involucraba sobornos ni amenazas, solo comprensión. Además, sus estrategias de venta y las de sus compañeros debían permanecer desconocidas, incluso su rostro. Lara me ayudaba a ver la experiencia con una vista panorámica. Acompañarle y escucharle me había permitido aprehender el sentido que ella le atribuía a lo que a mí me resultaba hasta ese momento confuso. Con Lara comprendería que el campo que esperaba que se manifestara había estado ahí en cada momento y en cada conversación, y desde ahí llevaría a cabo la reflexión que me permitiría llegar a una pregunta clave.

A lo largo de la incursión al campo la filmación resultaba un elemento central en la configuración de lo que sería el material recopilado para llevar a cabo la reflexión teórica. Sin embargo, vez tras vez me había topado desde el principio con la imposibilidad de filmar “asuntos delicados”. Los propios vendedores habían accedido a que los acompañara, a tener entrevistas conmigo, pero no a que su actividad fuera filmada. ¿Qué era lo que podía hacer? El tema de la imagen era nodal en la investigación y parecía que sin la fotografía no podría haber encontrado la forma de vislumbrar esas imágenes. Lo único que había conseguido eran negativas que una y otra vez me decían sin saberlo que era precisamente sobre esa negativa sobre la que debía hablar.

Sin la introducción de una cámara en el campo y entre el investigado y el investigador no habría podido reparar en la necesidad de que aquello permaneciera ahí, sin revelarse empleando la connotación que implica este término en el ámbito fotográfico. Tal vez por la ansiedad que me producía no obtener material con el cual trabajar coloqué mi atención en un factor determinante, pero tomándolo con el sentido que le proporcionaba mi propia posición como una imposibilidad: *no puedes filmar*. Sin embargo, al continuar moviéndome en la relación con el otro en cierto momento el sentido de ese factor cambió al de una característica: *no debes filmar*.

Probablemente sin una cámara habría realizado muchas más entrevistas, muchos más acompañamientos y la participación de los vendedores me habría

resultado muy cómoda considerándola como una libre apertura. En cambio, con la cámara este rasgo de ocultamiento se hizo patente. La venta ambulante no era algo que las autoridades del metro no conocieran ni nada de lo que la sociedad no se hubiera percatado, era un secreto pregonado a voces. Los vendedores lo pregonaban cada vez que abordaban un vagón. Es por ello que ese rasgo subyacente era difícil de distinguir para mí.

En lugar de pensar en estas condiciones como imposibilidades ellas se me presentan ahora como las condiciones en las que se manifiesta la relación, y habla de sus características: una relación dispuesta por otros, fugaz, con aparentes imposibilidades de acercamiento o construcción; ilegal, de complicidades, determinada a ciertos espacios y horarios, nómada, incierta. De esa manera, ¿qué lugar ocuparía yo? ¿El sitio del investigador que trata a toda costa de propiciar el escenario adecuado para el “desarrollo” de una relación continua y más o menos “estable”? ¿O debía moverme de lugar e ir con la corriente?

En este escenario me resultó más eficaz adoptar una postura de apertura hacia las dificultades que se presentaron en el encuentro con el otro e identificar las características que aparecieron como tales al momento de reunirme con el otro. No solo describir todo aquello que no me permitía entrar en la categoría de la relación con el investigado sino precisamente cuestionar aquello y modificarlo para entender que la forma en que se dio el encuentro con el otro hablaba de las características de relación que establecimos entre nosotros.

# IV

## Narrativas

Youtube: Los ecos de Infraterra Documental

# V

## Remembranzas

Considero que el ejercicio de acudir a otras miradas disciplinarias enriqueció la manera en que asimilé la forma en que se dieron los términos de la relación. Estoy seguro de que el trabajo hubiera tomado una forma de diagnóstico de haberme encasillado en una sola disciplina. Fue precisamente el trabajo interdisciplinario lo que me permitió moverme de lugar, cambiar el enfoque, regresar, tomar otra dirección, que aunque no era muy placentero las situaciones me lo requerían.

Cada vez que el otro me hacía avanzar, entrar en un vagón, llevar su bolsa, echarle aguas, estaba cuestionando mi lugar como investigador y la forma en que me relacionaba con el tema. El otro siempre me obligó a cuestionar porqué hacía lo que hacía y de la manera en como lo hacía. ¿Sería que el tema no me incluía de ninguna manera? Y si era así, ¿por qué pensaba eso? ¿Qué era lo que me convertía en crítico de una situación, el hecho de ser un estudiante de licenciatura? ¿Que el otro estaba ahí en la Infraterra y yo podía entrar y salir a mi antojo? ¿Sería que en realidad salíamos de la problemática? ¿Eso se quedaba ahí cada que salía de las

instalaciones del metro? ¿Cuáles eran los alcances del campo y como eso me interpelaba a colocarme en cierta posición?

Muy temprano en la investigación me quedo claro que el tema era inalcanzable e inacabable y eso era muy bueno pues permitía la posibilidad de seguirse preguntando y reflexionado. Cada concepto que surgió fue el derivado de una pregunta, y esas preguntas a su vez venían de la incertidumbre que el otro me hacía sentir.

Esa incapacidad por abarcarlo todo se manifestó en momentos claves de la investigación y eso me permitió enfocarme en aspectos determinantes para el lugar que tomaría con relación al otro. Con los vendedores aprendí a darle más espacio a la falta, a lo inacabado. Me permitió encontrarle un sentido a lo que me decían, a la imposibilidad de grabarles, de fotografiarles. Y aún esos factores me hablaron de la agencia que tenía cada persona a la que acompañé, su capacidad de resistir de alguna u otra manera y de desplazarse entre las definiciones que pretendían categorizarlos.

Aún me resulta increíble que el centrarme en la relación que establecía con el otro me llevara a cuestionarme acerca de otros aspectos como ¿Para qué es el metro? ¿Para quién? ¿Será que nos perdíamos en la abstracción del lenguaje, de las leyes y de los reglamentos? ¿Quién se volvía el centro al final, el sistema en sí? El metro era algo, pero solo *en función de* lo que permitía ligar, no en la forma del fin por el fin. Si los vendedores estorbaban a la movilidad de la ciudad, ¿cuál era la función de la movilidad? ¿A quiénes les permitía el traslado?, ¿a los trabajadores formales? ¿A los que aportaban al modelo d nación que se buscaba? ¿A los que permitían que la rueda continuara girando? ¿Por qué necesitaban evitar las interrupciones? ¿Su destino estaba muy alejado de su punto de origen? Y, ¿por qué necesitaban trasladarse por tan grandes distancias? ¿Qué pasaba con el desarrollo regional? ¿Sería competencia de la movilidad pugnar por trayectos más cortos o nulos en lugar de medios de transporte más eficiente? ¿Cuál sería el papel de los vendedores en todo esto? ¿Sería que esto era lo que su presencia más visible detonaría y por eso era necesario esconderlos?

Los vendedores no se colocan en un lugar ya existido, en este caso en el metro. Es por los vendedores que ese lugar existe no solo como un medio de transporte, como un lugar donde no deberían estar, pero al fin un lugar. Nosotros hacemos al espacio, le hacemos espacio al espacio. ¿Será que el metro se ha convertido en un espacio intermedio producto de la falta de empleo? Un lugar que servía para transportar trabajadores y que pasó de ser el medio a ser el punto de llegada. ¿Los vendedores tendrán la culpa de la situación macroeconómica del país? ¿O de la gentrificación de la ciudad? ¿No será que solo se actúa en relación a las circunstancias?

Espero que este trabajo de investigación no se convierta simplemente en un ejemplo ilustrativo de las situaciones que roza por su naturaleza. Sin duda debemos seguir preguntando por qué los problemas son problemas, pensar en el problema de la representación y qué acciones concretas podemos tomar para confrontar la situación. Personalmente con este trabajo busqué una manera de impulsar la resignificación de nuestras imágenes, de la imagen de los vendedores, de nuestra ciudad, de nosotros mismos y nuestro papel. Consideré que un trabajo audiovisual podía abonar a la detonación de la representación en un momento histórico en el que el consumo de imágenes es masivo, y en el que es posible cambiar el sentido de cualquier cosa con las dimensiones de la red. Incidir simbólicamente en la imagen que tenemos de los vendedores es solo una propuesta de intervención, pero en la cual deposito mi confianza y mis esfuerzos.

El trabajo no es fácil pero nuestro trabajo como investigadores y profesionales es incidir en nuestro propio medio de la mejor forma que podamos. Este trabajo dejó una huella permanente en mí, una experiencia que recordaré siempre y que me servirá para llevar a cabo más intervenciones en el futuro.

## **EPÍLOGO**

La tarde que terminé mi estancia en Infraterra me di cuenta que nunca saldría de ella. Esos largos pasillos en los que había pasado tantas horas, viendo de formas muy diferentes se quedarían en mi mente como una impresión indeleble. Nunca imaginé todo lo que encontraría en esa ciudad. Me iba pero con la seguridad de que me encontraría con una ciudad parecida en otro sitio. Podía ser cualquiera, un camión de pasajeros, una gasolinera, una avenida, un edificio en construcción... ¿cuántas Infraterras más había por ahí?

## BIBLIOGRAFÍA

- Andrade, X. y Elhaik, T. (2018), “Antropología de la imagen: una introducción”, en *Antípoda. Revista de antropología y Arqueología* no. 33, 3-11. <https://doi.org/10.7440/antipoda33.2018.01>
- Aristóteles (2003), *Ética Nicomaquea*, Madrid: Gredos.
- Aulagnier, P. (1980), “Historia de una demanda e imprevisibilidad de su futuro”, en *El sentido perdido*, trad. Irene M. Agoff, 101-115. Buenos Aires: Trieb.  
[https://drive.google.com/file/d/0BzdaQj3sCdZPY1hoN3NfdEctOFE/view?fbclid=IwAR0W3XSq8BOjy\\_4d8nOIJ\\_ST1T6yx6QIANJkpJYrfCR02IX2LII7GKUftLQ](https://drive.google.com/file/d/0BzdaQj3sCdZPY1hoN3NfdEctOFE/view?fbclid=IwAR0W3XSq8BOjy_4d8nOIJ_ST1T6yx6QIANJkpJYrfCR02IX2LII7GKUftLQ)
- Barley, N. (2006) *El antropólogo inocente*, trad. María José Rodellar. Barcelona: Anagrama.
- Barthes, R. (1989), *La cámara lúcida*, Barcelona: Paidós.
- Bavčar, E. (2014), “El fotógrafo siega”, en *El fotógrafo ciego. Evgen Baučar en México*, comp. Benjamín Mayer Foulkes, 9-45. México: CONACULTA.
- Benjamin, W. (2008) *El narrador*, Santiago de Chile: Ediciones metales pesados.
- Bleger, J. (1972), *Temas de psicología: entrevista y grupos*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bourdieu, P. (2003), “Imágenes y fantasmas”, en *Un arte medio*, 331-379. Barcelona: Gustavo Gili.
- Braunstein, N. (1981), “El problema (o el falso problema) de la “relación del sujeto y el objeto””, en *Psicología: ideología y ciencia*, 233-260. México: Siglo XXI.
- Burgi, S. (2016), “Algunas cuestiones sobre el estado de la fotografía”, en *Gaceta Luna Córnea*, no. 04, enero – abril.

- Castoriadis, C. (2006), “Institución primera de la sociedad e instituciones segundas”, en *Figuras de lo pensable*, 115-127. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cervantes, A. (2015), “Ver todo al ser vistos”, en *Gaceta Luna Córnea*, no. 01, enero – abril.
- CNDH. (2019), *¿Cuáles son los derechos humanos?* México: Comisión Nacional de los Derechos Humanos <https://www.cndh.org.mx/derechos-humanos/cuales-son-los-derechos-humanos> (consultado el 18 de Octubre de 2019).
- Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, (2019). Ciudad de México: Diario Oficial de la Federación.
- De Sousa Santos, B. (2010) “Des-pensar para poder pensar”, en *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, 11-28. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Dondis, D. A. (1990), *La sintaxis de la imagen*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Elhaik, T. (2018), “Antropología de la imagen: una introducción”, en *Antípoda. Revista de antropología y Arqueología* no. 33, 3-11. <https://doi.org/10.7440/antipoda33.2018.01>
- Farocki, H. (2015), “Harun Farocki y la arquitectura de la imagen”, en *Gaceta Luna Córnea*, no. 01, enero – abril.
- Flusser, V. (1990), *Hacia una filosofía de la fotografía*, México, Trillas.
- Fontcuberta, J. (2002), *El beso de Judas. Fotografía y verdad*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Foucault, M. (1976) *Vigilar y castigar*, trad. Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1986), “El hombre y sus dobles”, en *Las palabras y las cosas*, 295-333. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1992a), “Carta 52”, en *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras*, vol. 1 de Sigmund Freud, Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Freud, S. (1992b), “El malestar en la cultura”, vol. 21 de Sigmund Freud, Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1992c), “Tres ensayos de teoría sexual”, en *Fragmento de análisis de un caso de histeria. Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*, vol. 7 de Sigmund Freud, Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Gamboa C. J. (2003), “La fotografía y la antropología: una historia de convergencias”, en *Revista Latina de Comunicación Social*, vol. 6, no. 55, abril – junio. <http://www.redalyc.org/pdf/819/81965508.pdf>
- García, H. (2007), “El invento más extraordinario”, en *Chiles Verdes*, coomp. Dionicio Morales, 39-40. México: Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco.
- Guber, Rosana. (2004) “El informante, sujeto de la investigación”, en *El salvaje metropolitano*, 127-141. Buenos Aires: Paidós.
- Hall, S. (2014), “El trabajo de la representación”, en *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, 489-525. Colombia: Universidad del Cauca.
- Heidegger, M. (1951), *Construir, habitar, pensar*. Darmstadt.
- Hobbes, Th. (1980), *Leviatán o La invención moderna de la razón*. Madrid: Nacional.
- Kapuscinski, R. (2007) *Encuentro con el otro*. 11-98. Barcelona. Anagrama
- Malinowski, B. (1975), “Confesiones de ignorancia y fracaso”, en *La antropología como ciencia*, coomp. José R. Llobera, 129-141. Barcelona: Anagrama.
- Mier, R. (1998), “La fotografía antropológica: ubicuidad e imposibilidad de la mirada”, en *Cuiculco*, vol. 5, no. 13, mayo – agosto. [http://sgpwe.izt.uam.mx/pages/egt/Cursos/MetodoLicIII/22\\_Mier\\_FotoAntropo.pdf](http://sgpwe.izt.uam.mx/pages/egt/Cursos/MetodoLicIII/22_Mier_FotoAntropo.pdf)
- Mitchell, W. J. T. (2015), “Ver cómo indisciplina”, en *Gaceta Luna Córnea*, no.2, mayo – agosto.
- Mitchell, W.J.T. (2014), *¿Qué es lo que realmente quieren las imágenes?*, trad. Javier Fresneda. México: COCOM Press.

[http://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2017/04/WJT-Mitchell\\_Quieren\\_realmente\\_las\\_imagenescocompress.pdf](http://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2017/04/WJT-Mitchell_Quieren_realmente_las_imagenescocompress.pdf)

- Mosqueda Gómez, C. (2007), *El origen irruptivo del diseño gráfico profesional*, México: Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco.
- Ley Federal del Trabajo, (2019). Ciudad de México: Diario Oficial de la Federación
- Pujol, O. (2011), “Las apariencias no engañan”, en *No hay nadie*, comp. Graciela Iturbide. Madrid: La fábrica.
- Rabinow, P. (1992) *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, trad. Pedro Horrillo Calderón. Madrid: Ediciones Júcar.
- Rancière, J. (1996), *El Desacuerdo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rancière, J. (2010), *La noche de los proletarios*, 7-51. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Reglamento para los trabajadores no asalariados del Distrito Federal, (1975). Ciudad de México: Diario Oficial de la Federación.
- Rosaldo, R. (1989), “La erosión de las normas clásicas”, en *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, 35-51. México: CONACULTA.
- Rouillé, A. (2015), “La imagen fotográfica como microfisura de la representación”, en *Gaceta Luna Córnea*, no. 01, enero – abril.
- Rousseau, J. (2003), *El Contrato Social o principios de derecho político*. Buenos Aires: La página.
- Rufer, M. (2016), “El archivo: De la metáfora extractiva a la ruptura poscolonial”, en *(In)Discipinar la investigación: Archivo, trabajo de campo y escritura*, 160-186. México: Siglo XXI.
- Sade, M. (1996), *Justine. O los infortunios de la virtud*. Madrid: Cátedra.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1984), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, España: Paidós.
- Adorno, T. W. (2001), “Sociología e investigación empírica”, en *Epistemología y ciencias sociales*, 19-36. Valencia: Cátedra.
- Smith, A. (2004), *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.

## NOTAS

### A) Escrito realizado durante el trabajo de campo.

1. El campo. Un concepto del cual su significado ha cambiado para mí a través de cada trimestre. Sin embargo, en este en específico su decisión de mantenerse como una presencia constante en mis reflexiones del trabajo de investigación ha sido inapelable. Más cuando tomo en cuenta el desarrollo de este trabajo de investigación y lo que me ha significado: mi propia odisea.

Desde el primer momento se han presentado desafíos y situaciones ante las cuales ha sido necesario reflexionar sobre las implicaciones que supondrían utilizar tal o cual término, colocarme a mí y a la investigación en tal o cual lugar o posición, o pensar: ¿desde qué significaciones sociales instituidas estaría partiendo este trabajo?

De esta manera, me parece identificar que más allá de partir de una concepción teórica que me interpelaría para llevar a cabo una intervención-acción, ha sido la propia determinación de llevar a cabo una acción la que me ha presentado los escenarios donde he tenido que llevar a cabo una reflexión para decidir sobre el siguiente movimiento, o la posición en la que el juego con el otro me va situando.

Ha sido siempre la posición que ocupo, o la que puedo identificar, la que me ha confrontado desde el inicio a decidir sobre asimilar o desplazar el lugar donde me encuentro para llevar a cabo una acción. Lo percibo desde el formato que decidí usar como respuesta a mi momento histórico y social, hasta los tiempos que los lugares físicos e instituciones como la universidad o el STC me dictan delimitando el espacio temporal y teórico abstracto en donde es posible actuar.

Acercarme al otro no fue de ninguna manera como alguna de las formas que imaginé. Y no porque el otro fuera inaccesible o difícil de encontrar, sino porque he tenido que moverme entre papeles y burocracia, entre instituciones físicas e imaginarias; no para pedir permiso para encontrarme con el otro sino para que no me lo impidieran.

Al estar de frente con el otro puedo ver el espacio donde nos movemos, desde dónde vengo para poder llegar a ese momento y las presencias invisibles que han colocado el escenario donde se puede actuar. “Actuamos el campo, nos convertimos en el campo.” Esta afirmación podría generar la toma de una postura “más precavida, más distanciada”. Sin embargo, esta frase me ayuda a recordar que se trata de un acto, de una puesta en escena, de un juego, de un intercambio de papeles.

**2.** ¿Qué está sucediendo entre el otro y yo? ¿Qué sucede cuando me dice: “échame aguas, y yo te echo aguas”? Sucede que los dos nos acompañamos, que me coloca en un lugar, que me descoloca de mi lugar. Me violenta, lo violento, relación de poder. ¿Aceptaré el lugar que me otorga o me moveré de sitio? “Alguien nos tiene que echar aguas. Nadie nos puede echar aguas.” Nos observamos, yo no soy *el* observador.

“Que no se vea mi rostro”. No me mires. Ya no eres observador, miras sin poder verme, me observarás con el eco de mi voz. “No me sigas, solo aquí”. Porque me muevo, no soy fijo, soy volátil. No me puedes atrapar, no me debes atrapar. ¿Quién soy ante lo escurridizo? ¿qué hago con lo que no debo aprehender? Me muevo de sitio, espero, me contengo. ¿Cuál es mi lugar? No hay lugar, compartir el no lugar. Mi lugar cambia en función de con quién estoy.

Aparece una pregunta, “¿qué me ves?”. ¿Qué es lo que no puedo ver? ¿Por qué no ver? “Ven, y vas a ver”. Voy, te sigo, me esperas. También vas encontrando nuevos escenarios, nuevas configuraciones, incertidumbres y dudas. “Hay que esperar otro”. Hay que esperar otro. Llega y nos vamos. Me voy y desapareces.

**3.** Me incomoda. Y La pregunta no es ¿existe una relación? Si no, ¿por qué se da de esa forma la relación? Esporádica, fugaz, excepcional. ¿De qué me habla el otro con su manera de actuar? ¿Por qué me incomoda mencionar mi origen institucional frente a ellos? No quiero ser igual a ellos, no podría, aunque lo intentara. Pero, ¿por qué se presenta tan tentadora la posibilidad de omitir información?

Recelo, desconfianza. Me incomoda intuir que, aunque me permiten acompañar nunca se convencen completamente de lo que estoy haciendo. Y, ¿por

qué querría eso? ¿Por qué la necesidad de controlar la imagen que el otro se hace de mí? ¿Será una forma de transferirme su propia incertidumbre por la imagen que grabo de ellos?

Preguntas que surgen de la incomodidad para repensar la relación. Aunque también surgen otras desde el juego entre la empatía y la distancia. ¿Qué es lo que se encierra en el acto de apertura que demuestran hacia mí cuando se enteran que mi actividad también es prohibida? ¿Un permiso cambiaría la configuración del escenario o mi propia manera de acercarme a él? Probablemente, pero por qué y hacia dónde implicaría la formulación de nuevas preguntas. ¿Cuál es mi lugar antes de esa información y después de ella?

¿Hasta qué punto esa apertura no se trata de una especie de seducción? Y, ¿qué haré con esa seducción? ¿Será que nos encontramos en un continuo juego de seducción? ¿Es la seducción un elemento característico de mi relación con los vagoneros? ¿Cómo eso habla de la metodología? ¿Por qué hacemos lo que hacemos?

Sin duda las experiencias han abonado puntos de perspectiva para pensar la noción de campo, intervención y la relación investigador-investigado, en especial el concepto de imposibilidad. Pensar que el campo no es necesariamente un lugar geográfico, o la presencia física del otro, si no que puede representar también un espacio (lugar) temporal y teórico.

De esa manera también podemos considerar como campo a la propia intervención como un espacio en donde se manifiestan las interacciones entre significados, modos de concebir el mundo y a los otros. Un espacio donde estas nociones se encuentran y se cuestionan unas a otras desencajando las posiciones asumidas. De esta manera lo que encuentro constante es una incertidumbre en la relación con el otro y, por ende, con el conocimiento que habla más de un saber estar que de un saber como tal. En algunos casos la pregunta de investigación viene al final, pero presiento que lo que el campo me proveerá son muchas más preguntas. Tal vez no encontrarán su respuesta, pero sí una experiencia.

## **B) Reflexión sobre algunos conceptos sugeridos durante el desarrollo del trabajo.**

Me gustaría retomar algunas ideas generales que fueron planteadas en el archivo audiovisual. En el caso particular de los vendedores a los que hice acompañamiento, a través del tramado de elementos que entraron en escena al momento de pensar la relación de su actividad con la autoridad, la sociedad y algunas instituciones como la nación y la movilidad, decidí ocuparme en abordar ciertos conceptos clave para analizarlos y desmenuzar el significado y el rol que juegan dentro de las relaciones que he descrito.

### Trabajo

Uno de ellos es el concepto de trabajo o trabajo formal. Inicialmente señalé que este era un tema recurrente en algunos de las investigaciones a las que había recurrido para documentarme acerca del tema y, que no era mi intención conducir la reflexión hacia ese terreno. Sin embargo, resulta inevitable traer a colación este concepto pues forma parte central en la manera de justificar acciones que buscan la desaparición de la actividad por considerarla un atentado contra el empleo formal.

Resulta curioso la manera en que formas instituidas, como los trabajadores formales, asumen como una amenaza la emergencia de las diferencias. Pues bien, ¿qué es el trabajo?

El artículo 123 de la constitución mexicana (2019) lo define como un derecho, entendiendo el derecho como la serie de normas que regulan las relaciones humanas sin las cuales la sociedad sería imposible. (Rancière, 1996) Así que, de esta forma, el trabajo es un derecho inalienable, es la expresión de la libre determinación del ser humano para usar sus capacidades y su fuerza en una tarea que le asegure un intercambio con un otro. Ya que, de acuerdo con el *Reglamento para los trabajadores no asalariados del Distrito Federal*, (1975) un trabajador es toda “persona física que presta a otra, física o moral, un servicio personal en forma accidental u ocasional mediante una remuneración sin que exista entre este trabajador y quien requiera de sus servicios, la relación obrero patronal [...] (Art. 3º)

Así que, podemos afirmar que el trabajo es una expresión de la libertad del ser humano, pues según la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, es la expresión humana que posibilita el desarrollo de una vida digna. Además, este derecho se encuentra a la altura del derecho a la vida. En pocas palabras a existir. El derecho humano del trabajo se encuentra sustentado en el artículo 5to constitucional mexicano que describe que “nadie puede ser privado del producto de su trabajo” (2019). De esa manera y tomándolo en el sentido de la expresión de la existencia, el trabajo mismo es una extensión de la persona que lo ha realizado.

En suma, al hablar de trabajo es indispensable que hagamos la distinción entre trabajador y empleado, ya que el empleado, según nuestras leyes y normas citadas, es aquél que se encuentra en una relación patronal con otro (empleador). Sin embargo, el trabajador es aquél que lleva a cabo un uso libre y pleno de su derecho a existir y a gastar sus fuerzas en la actividad que mejor abone al desarrollo de lo que considere plenitud en su vida.

Cuando consideramos el trabajo solo desde el punto de vista utilitario corremos el riesgo, y en realidad esto sucede, de olvidar el lado anímico de la situación. En esto difiero de la teoría marxista, pues el trabajo entendido solo como la forma que toma el uso de los medios de producción convierte al ser humano en mero capital físico, en una especie de derivación mercantil. Aunque, en la condición actual del mundo y la primacía de los sentidos económicos en las relaciones humanas, es difícil desarraigar el dominio de esta forma de pensamiento resulta necesario volver a plantear y a analizar las nociones que le dieron origen al término.

Aristóteles en su *Ética Nicomaquea* (2003) lleva a cabo una reflexión acerca de lo que significa la existencia del ser humano y postula que tendemos hacia la obtención de un objetivo, hacia un fin ante el cual se rige toda nuestra conducta. Ese fin supremo es la búsqueda de la felicidad. Aunque hace una distinción de los bienes que nos proporcionan la felicidad: externos, del cuerpo y del alma, concluye que es la felicidad por sobre todo el bien supremo pues siempre será colocado por encima de los otros bienes. De esta manera argumenta que la felicidad es un bien al que el ser humano siempre aspirará.

Por otro lado Freud consideró que, si bien la búsqueda de la plenitud es un anhelo ante el que el ser humano siempre volcará sus esfuerzos, es la propia tenencia del ser humano a la pulsión de muerte y su destrucción lo que hace imposible la obtención de un estado completamente pleno y por lo tanto feliz. En *El Malestar en la cultura* (1992b) argumenta que lo más que el ser humano puede hacer es evitar lo máximo posible el displacer y el dolor, y encontrar en el alivio de las tensiones el placer y la satisfacción. Pero, en relación a la pregunta que Aristóteles se formula, Freud también nos ofrece su opinión. ¿Cuál es el fin de la vida del ser humano? ¿cuál el propósito que elige? Freud dirá que debido al principio del placer el ser humano no tiene elección debe “alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla”. Aunque esto no siempre sea sinónimo de riqueza inconmensurable o poder ilimitado, basta con mantener niveles bajos de sufrimiento.

Así que, en el tema que nos ocupa, una de las preguntas que la relación con los vendedores me sugirió, ¿qué representaba su actividad como vendedores para ellos mismos, como un trabajo, como una forma de existencia, como un medio para continuar en la carrera inacabable por alcanzar la felicidad? ¿Sería esta una razón para que alguien se aferrara a algo a pesar de las dificultades que eso representara? Pues una de las expresiones de su conducta que más me intrigaba era esa necesidad por continuar en un lugar en el que no había espacio para ellos, ¿por qué lo hacían? ¿por qué continuar? Más allá del tema monetario, ¿qué era lo que les seguía impulsando? Me parecía que si a mí me convocaba algo más que la curiosidad también en ellos podrían existir factores que iban más allá de lo que quisieran elegir. Tal vez aquí encontraríamos un elemento a considerar a la hora de llevar a cabo una crítica que fuera más allá de llegar a conclusiones más allá de la terquedad y el desafío a la autoridad.

El acompañamiento que llevé a cabo me dio la oportunidad de tener un atisbo de lo que podría estar significando para ellos vender un chocolate en el metro. Era su trabajo, una de las expresiones de su misma existencia, nada menos. Pero, ¿qué nos decía el derecho ante esta cuestión?

Si bien el trabajo era considerado dentro del orden jurídico como un derecho, más bien una garantía, entendiéndola como una obligación del Estado, ¿en qué lugar quedaban las consideraciones fundamentales del ser como sustantivo y como verbo? Los vendedores del metro eran y son considerados trabajadores, y actualmente buscan una forma de conciliar las políticas de Estado a esa condición esperando que se les reconozca como tal cuando lo que también debería plantearse es la base filosófica dentro del derecho que trata temas ontológicos de la existencia ya no para tratar de entrar en una categoría sino para cuestionarla y deconstruirla.

### Derecho

En ese sentido es la filosofía del derecho lo que tiene algo para decir en cuanto a lo que se podría entender por derecho. Es evidente que dentro de cada constitución de cualquier Estado se encuentran por lo menos dos categorías generales de derecho: los concernientes a la legislación propia de cada nación y que dan cuenta de su cosmovisión, moral y cultura; y los que se refieren a los derechos universales del ser humano. Esta denominación contemporánea a la que llamamos derechos humanos son abordados por Thomas Hobbes en su libro *Leviatán o La invención moderna de la razón* desde el siglo XVII. Hobbes los denomina derechos naturales y sostiene que todos los hombres son iguales en relación al merecer ya que, independientemente de factores particulares, uno puede pretender cualquier beneficio que otro busque para sí. (1980: 222)

Hobbes también menciona que la igualdad entre los seres humanos también consiste en la esperanza de alcanzar nuestros fines. Es por este carácter, continúa, de la igualdad al merecer que los seres humanos se hallan en una condición permanente de guerra pues todos merecen tener todo. Por ello es necesario tener un conjunto de leyes, un contrato social que posibilite la paz y la vida en sociedad. Sin embargo, es necesario señalar que si bien las leyes contienen al derecho, el derecho no es sinónimo de ley. Por esta razón me resultaba intrigante el hecho de que en el portal oficial del gobierno de la Ciudad de México y del Sistema de Transporte Colectivo aún se hallara contenido un reglamento para los trabajadores

no salarizados (informales) que data de hace más de cuarenta años. Y que sustentaba el trato y las sanciones que los oficiales tenían con los vendedores.

Si bien es necesario que exista un contrato social, también es necesario, como argumenta Rousseau, que ese contrato represente todos los intereses de los que constan la sociedad de manera que esa ley o conjunto de leyes no resulten una voluntad extraña para nadie. Pero, ¿qué pasa cuando el contrato social existente ya no es suficiente? Rousseau continúa diciendo lo siguiente: “[...] si se viola el pacto social, cada cual retoma entonces sus primeros derechos, y recobra su libertad natural, perdiendo la libertad convencional por la cual renunció a aquella.”(2003: 46) Las leyes son las condiciones de asociación civil. Pero, si estas leyes ya no representan ningún acuerdo, ¿continúa obligada la parte que ya no ve representados sus intereses dentro del contrato continuar respetando las reglas de esa misma asociación?

En ese caso diría Rancière que existe un desacuerdo de la parte que no tiene parte en el consenso (1996: 146) Me parecía que los vendedores llevaban a cabo simplemente su derecho natural a existir. Si bien ya no lo hacían en el marco de la ley, de la asociación y por ello infringían la norma, también consideraba que de alguna manera su actividad era de hecho una acción política. Una acción que buscaba reestablecer el equilibrio, que indudablemente llevaba al conflicto. La guerra entre dos partes, y ya no un todo, interesadas en la obtención de lo que creían merecer: el espacio del metro, el terreno en disputa.

Hobbes, Rousseau, Rancière y Kapuscinski con esa admirable cita “ al hombre siempre se le abrían tres posibilidades ante el encuentro con Otro: podía elegir la guerra, aislarse tras una muralla o entablar un diálogo” (2007) que me resonaba tanto en la cabeza me daban algunos puntos de vista para pensar en la relación que vendedores y Estado establecían. Peleas, golpes y estrategias para vencer al otro me presentaban el terreno donde la relación también se estaba jugando. Fue durante una de las pláticas que tuve con Lalo, un joven de la misma edad que yo que recordé un pasaje de Justina del Marqués de Sade.

Lalo me argumentaba que no había otra opción y que si quería acompañarlo tendríamos que ir a Guerrero endonde estaban los “puercos”, porque uno de ellos

ya se la había hecho y se la quería cobrar, lo iba a evidenciar. En ese sentido Sade plantea lo siguiente con relación a la elección del ciudadano:

“Lo que llamamos interés de la sociedad no es otra cosa que la suma de los intereses particulares reunidos, pero sólo cediendo este interés particular se puede coincidir y colaborar con los intereses generales. Ahora bien, ¿qué quieres que ceda el que no tiene nada? Si lo hace, no me negaras que su error ha sido mucho mayor al dar infinitamente más de lo que recibe [...] (Sade, 1996)

Aquí es momento de introducir un concepto que se deriva de la noción de derecho que estamos analizando: la libertad. ¿Cómo entenderemos la libertad? Simplemente como una situación libre de impedimentos para la existencia, el siendo. La libertad no es un derecho, es una condición por la cual debe darse el derecho. Sin embargo, cuando el individuo decide ceder su derecho en pro de la comunidad eso no quiere decir que también deponga su libertad. Si bien abandona la opción de realizar sus fines al margen de las leyes de la asociación, la libertad para abandonar ese pacto continúa intacta, lo que implica potencia para la resistencia. Hoobes menciona: “Un hombre no puede renunciar al derecho de resistirse a aquellos que le asaltan por fuerza.”(1980: 231)

Este fue uno de los aspectos que más saltaban a la vista durante mi incursión al campo, las relaciones de poder. Esa dinámica establecida entre el Estado representado por el STC y los oficiales de estación con los vendedores me daba la impresión de que el tema de la violencia, el poder y la dominación jugaban un rol en todo aquello. Era evidente en la cerrazón por insistir, de parte del Estado, en el acatamiento de las leyes. Esas leyes ya no significaban una asociación, un acuerdo sino un desacuerdo, el intento de dominación pues la redacción de la ley solo pasaba por una de las partes. ¿Eso podía tomarse como un acuerdo? Y si uno no estaba suscrito a dicho acuerdo, ¿existía el delito? Si se intentaba acaparar el poder para dominar por una parte, por la otra se resistía con violencia. (Foucault, 1976)

Cada vez que me acercaba a alguien nuevo se hacía patente la resistencia, en términos frudianos pero también foucaultianos. Ello me hablaba del ambiente en el que probablemente se estaba desarrollando las relaciones y lo que posiblemente estaba provocando anímicamente en el vendedor. Cada vez que entrábamos a un vagón y me pedía que revisara con la esperanza de desenmascarar a algún vigilante

disfrazado, o cuando su humor cambiaba por haber podido pasar enfrente de algún grupo de oficiales con la mercancía en la mochila me dejaba pensando en qué otras razones podían estar impulsando esas acciones y reacciones.

## Espacio

Este fue otro de los conceptos clave que decidí abordar por su emergencia en mi estancia con el otro. La denominación específica que se le daba a la problemática era la del “Espacio Público”. Lo de público me quedaba más o menos claro en la teoría, aunque en la práctica funcionaba más bien como un espacio privado del Estado. Pero el concepto de espacio era lo que me dejaba con cierta incertidumbre. ¿A qué se referían los usuarios cuando le mencionaban a los vendedores que invadían el espacio público? ¿En realidad se trataría de una invasión ocupar un espacio que de por sí estaba determinado por el uso que las personas hicieran de él? ¿No era todo esto una gran contradicción? ¿No se necesitaba gente acaso para denominar público a un espacio? ¿Cómo la presencia que justificaba su valor de uso podía violentar esa naturaleza?

Por otro lado, ¿qué era lo importante dentro de la ecuación, los espacios que se habían denominado como públicos o las personas por las que se había construido? Increíblemente resultaba ser que lo que se defendía en este caso era el espacio, la forma, el receptáculo y no el ser humano. El espacio, entonces, podía considerarse de distintas maneras: como paraje físico, una extensión, un sitio, una abstracción o un lugar para ser habitado.

Era cierto que el espacio público ya era de por sí un paraje físico, sin embargo, ¿eso de espacio venía determinado por sus características materiales? ¿No vendría determinado de alguna forma con relación a su valor de uso? ¿qué no entraba dentro de la categoría de espacio público? ¿Una casa? La casa por sí misma representaba un lugar en el que se esperaba fuera habitado por alguien. Sin embargo, no todos los lugares que se diseñan como espacios para la morada terminan teniendo el éxito de ser usados como habitaciones. ¿Era entonces el ser humano el que determinaba la naturaleza de los lugares habitables, y en ese sentido de los espacios públicos y privados?

Parecía que el espacio estaba indudablemente ligado al habitar del ser humano. ¿Qué consistiría habitar? ¿se limitaría a la morada en lugares determinados? ¿se reducía al descanso? ¿qué pasaría en el caso particular de la indigencia y el uso que hacía de los espacios? ¿La parte anterior de un puente podía ser considerado un espacio de habitación, o continuaba siendo un espacio público? ¿Era el espacio lo que determinaba lo que podía hacer el ser humano (descansar, trabajar) o era lo que podía hacer el ser humano lo que determinaba los espacios?

Heidegger aborda el tema en un ensayo titulado *Construir, habitar, pensar*, en él menciona: “Los espacios se abren por el hecho de que se los deja entrar en el habitar de los hombres”. (1951, 26) Así que el filósofo consideraba que los espacios eran más bien un lugar dentro de la habitación del ser humano. ¿Sería que la morada de algunos vendedores se encontraba en los vagones y las estaciones del metro? Independientemente del lugar en donde descansaran por la noche era importante hacer la distinción entre descanso y habitar.

Y si esos sitios encontraban un espacio en la habitación de los vendedores como un lugar en donde existían y perseguían la plenitud, ¿cómo calificaríamos la intención de anular esa apropiación de espacios? ¿Volverían a ser los mismos sitios con la ausencia de los vendedores? ¿No era esta negación la verdadera invasión del espacio? ¿No los espacios públicos estaban ahí para ser apropiados?

### Imagen

El formato que había decidido utilizar para la narración de la experiencia había sido la fotografía. Sin embargo, era muy raro cuando alguien aceptaba colaborar con su imagen. Durante el trabajo de campo, y en las últimas semanas, mi ansiedad iba en aumento pues no había conseguido la cantidad de material que había imaginado de los vendedores. La mayoría aceptaba mi compañía, pero en el momento de insinuar la posibilidad de que aparecieran delante de la cámara las oportunidades se desvanecían.

Evidentemente que la seguridad de que no quedara un registro sobre su actividad para no ser detenidos era uno de los motivos principales que justificaban

la negativa. Sin embargo, una vez más me aventuraba a preguntarme si habría otros motivos mas allá de los aparentes. ¿Por cuáles otros motivos no debía quedar ningún registro sobre ellos? ¿por qué debían permanecer ocultos? ¿sería que se podía reducir a un tema de eficacia institucional? ¿Si ellos no aparecían se hacían más verosímiles las estrategias que se habían llevado a cabo? ¿por qué ocurría esta simulación?

Por esa razón el tema de la imagen resultaba de relevancia para mí. Era una cuestión que me intrigaba pues intuía que por medio de la fotografía podría aprehender ciertos significados y símbolos contenidos en la imagen. Debe quedar claro que la fotografía y la imagen no son la misma cosa. Es la fotografía la que contiene a la imagen como un vehículo que posibilita la comunicación de sentidos y figuras creadas socialmente que se representaban, en este caso, en la imagen de los vendedores.

Una ocasión mientras me encontraba en una estación terminal de línea noté que en cierto rincón se reunía un grupo de vendedores, serían entre seis y ocho personas. De repente, subiendo por las escaleras que quedaban justo enfrente de ese lugar otro grupo de vigilantes los abordó. Yo observaba perplejo la situación, sabía que en cualquier momento se desataría una riña, alguien correría y habría detenidos. Era la época del año en la que había habido más operativos para “liberar” las instalaciones del metro de los vendedores informales. Sin embargo, para mi sorpresa, al momento de que los vigilantes tuvieron a la altura de la vista a los vendedores, estos no se inmutaron y continuaron como si nada ocurriera, bromeando entre ellos y riendo. Esperaban su turno para abordar el siguiente tren y mientras tanto conversaban. El comandante de los oficiales, un hombre joven, se acercó a los vendedores y les dedicó una sonrisa de saludo. En seguida el grupo comenzó a moverse del rincón y a bromear con los otros vigilantes. Uno de los oficiales sacaba un celular y daba indicaciones para que los vendedores o su mercancía no aparecieran en el encuadre. Después de hacer varias fotos todos volvían a sus lugares y los policías se retiraban del sitio.

No había muestras de soborno o corrupción, simplemente había sucedido sin nada a cambio y eso era lo que más me desconcertaba. Hasta ese momento había

asumido que la relación entre vendedores y autoridad era una de hostilidades y enemistad. Esa escena y las preguntas que hice después me comprobarían que no era así. Me contaron que esos vigilantes no tenían problemas con ellos siempre y cuándo ellos también les ayudaran siendo discretos. No había dinero ni favores de por medio, los vigilantes simplemente comprendían que lo que ellos hacían era su forma de *ganarse la vida*, su trabajo.

Yo no podía salir del asombro, eso cambiaba el enfoque, me decía muchas cosas. Me llevó a preguntarme acerca de la fotografía como archivo, un lugar en el que se crean silencios y donde se reproducen secretos. La ausencia de los vendedores en la fotografía decía muchísimo, era una prueba de lo que otros querían ver, o lo que no querían ver. Tal vez no importaba si seguían vendiendo o no, simplemente no los querían ver, debían desaparecer, ¿por qué? ¿para quién?

Con esa acción del vigilante había podido observar la relación desde otro punto de vista y las cosas que estaban en juego, me daba un atisbo de la lógica con la que la relación podría estar funcionando. La forma en que los sujetos son “construidos por el archivo, monitoreados, parcializados” como lo menciona Mario Rufer (2016). Eso, por una parte, la parte de la demanda institucional hacia los vigilantes. Pero por otra, entre ellos y los vendedores, había una especie de drama, una puesta en escena que guardaba esas apariencias. Y si los oficiales comprendían y detenían la fuerza de la institución en su nivel, ¿por qué continuaba esta dramatización? ¿qué era lo que la volvía necesaria?

¿De qué forma descifrábamos la imagen de los vendedores? (Flusser, 1990)  
A través de la fotografía entraban en juego los registros de lo simbólico, lo real y lo imaginario en un diálogo que se antojaba escurridizo.

La línea de reflexión que seguía mi pensamiento era la de que, si la fotografía trataba acerca de la ausencia que alguna vez fue presencia, de la huella (Barthes, 1989), entonces ella me estaba dando cuenta de otra cosa. Y esa otra cosa podrían ser las posturas que tomaba el STC dentro de su relación con los vendedores. Los miedos, las formas de asumir al otro, sus deseos. El miedo que les representaba su presencia, el sentimiento de amenaza que los hacía desear que desaparecieran.

También esta línea me sugería la forma en que usuarios del metro podrían estar considerando a los vendedores en relación con la imagen que guardaban de ellos. Tal vez sus reacciones en redes respondían más a esa representación fantasmática que a la personalidad real de algún vendedor. Se hablaba desde la ausencia, desde el negativo, de la diferencia.

De esa forma la reflexión también abordaba la forma en que el ser humano y la sociedad se representan el mundo y a sí mismos al momento de crear e intervenir sus imágenes, que no fotografías. Una forma de resignificar algunos sentidos. (Mitchell, 2014) De esta manera el hecho de que no quisieran aparecer en la fotografía al momento de que yo se los planteara cobró otro significado, hizo que la herramienta que había considerado como método me permitiera establecer otra forma de diálogo con el campo. (Bourdieu, 2003)

## Representación

Inevitablemente pensar la relación entorno a la imagen me había llevado a tomar en cuenta el concepto de representación y la manera en que entraba en juego con los otros conceptos que me había sugerido la experiencia en el campo. Podemos pensar la representación en términos de ejercicios de metáforización, de una forma de expresión de la imaginación del mundo exterior.

Freud aborda el tema (1992a) desde la hipótesis de que nuestro psiquismo se conforma a través de una estratificación sucesiva, una traducción de los signos y percepciones que se van almacenando en la memoria. Desde el lugar de la lingüística Stuart Hall aborda el tema postulando que la representación es la manera en que le otorgamos sentido al mundo a través de los códigos compartidos estructurados a través de signos que constituyen un lenguaje que nos permite comunicarnos con los demás.

Sin embargo, aunque el lenguaje no es un espejo directo del mundo es por la posibilidad de la resignificación del sentido que podemos crear nuevas interpretaciones del mundo y de las cosas. En este caso en particular la forma de

otorgar diferentes sentidos a lo que son los otros parece que encuentra su realización a través de la fotografía tomándola en cuenta como signo visual cargada de signos y significados.

Ese acto intencional de mostrar a los vendedores en ausencia daba cuenta de la manera en que el STC trataba de crear un nuevo significado con relación a la imagen de los vendedores, pero también hablaba de una imagen que se otorgaba a sí mismo, la representación de una institución eficaz y estable. Si la ausencia del vendedor aún seguía provocando inestabilidades

# ANEXOS

## 1.1 Contrato de cesión de derechos

### LOSECOSDEINFRATERRA DOCUMENTAL

Ciudad de México, 02 de agosto de 2019

#### CONTRATO DE CESIÓN DE DERECHOS DE IMAGEN

##### REUNIDOS

De una parte, \_\_\_\_\_, mayor de edad y en su propio nombre y representación.  
En adelante, el "CEDENTE".  
De otra parte, \_\_\_\_\_, mayor de edad y en su propio nombre y representación.  
En adelante, el "CESIONARIO".  
El CEDENTE y el CESIONARIO que, en adelante, podrán ser denominados, individualmente, "la Parte" y conjuntamente, "las Partes", reconociéndose capacidad legal suficiente para contratar y obligarse en la representación que actúan y siendo responsables de la veracidad de sus manifestaciones,

##### EXPONEN

Que, al amparo de lo dispuesto en la LEY DE RESPONSABILIDAD CIVIL PARA LA PROTECCIÓN DEL DERECHO A LA VIDA PRIVADA, EL HONOR Y LA PROPIA IMAGEN EN EL DISTRITO FEDERAL, habiendo llegado las partes, libre y espontáneamente, a una coincidencia mutua de sus voluntades, formalizan el presente CONTRATO DE CESIÓN DE DERECHOS DE IMAGEN, en adelante, el "Contrato", que tiene por objeto la cesión de los derechos de imagen del CEDENTE al CESIONARIO, así como el establecimiento de las condiciones de su utilización, y que se registrará por las siguientes,

##### ESTIPULACIONES

###### PRIMERA. - Objeto. Cesión de derechos de imagen.

El CEDENTE cede al CESIONARIO la totalidad de los derechos que pudieran corresponderle sobre su voz y sus imágenes, grabadas o captadas con motivo u ocasión de las actividades desarrolladas por él/ella en el desempeño de las funciones que realiza dentro de las instalaciones del Sistema de Transporte Colectivo, autorizando de forma expresa la captación, reproducción y difusión de los siguientes formatos sobre su persona:

- |  |  |
|--|--|
| <input type="checkbox"/> Filmación de imagen completa (rostro, cuerpo entero y voz).           | <input type="checkbox"/> Grabación de voz. |
| <input type="checkbox"/> Filmación de imagen parcial (omisión de rostro, cuerpo entero y voz). |  |

###### SEGUNDA. - Límites de la cesión de derechos de imagen.

El CEDENTE solo autoriza la utilización-captación, reproducción y difusión- de las mencionadas imágenes, o de partes de las mismas, dentro de los límites establecidos en la presente cláusula. La utilización o divulgación por parte del CESIONARIO de la voz o de las imágenes personales del CEDENTE en ningún caso constituirá ni podrá considerarse una intromisión ilegítima a su privacidad.

Cualquier forma de utilización de las mismas que no respete lo aquí dispuesto deberá contar con una nueva autorización por escrito del CEDENTE.

###### 2.1. Usos autorizados.

El CEDENTE autoriza la reproducción y difusión de las mencionadas imágenes, o partes de las mismas, únicamente para los siguientes usos y finalidades:

- |   |  |
|---|--|
| <input type="checkbox"/> Documental <i>Los Ecos de Infraterra</i> .   | <input type="checkbox"/> Promoción publicitaria.   |
| <input type="checkbox"/> Difusión cultural. (En salas de cine, festivales cinematográficos, exposiciones, etc.) | <input type="checkbox"/> Investigación académica. (Como material de soporte para futuros trabajos) |

###### 2.2. Medios y soportes autorizados.

El CESIONARIO podrá reproducir y difundir las mencionadas imágenes, o partes de las mismas, utilizando todos los medios técnicos y soportes conocidos en la actualidad, particularmente, los soportes escritos, audiovisuales y electrónicos, incluido internet, y los que pudieran desarrollarse en el futuro, con la única salvedad y limitación de aquellas utilizaciones que puedan atentar al derecho y al honor en los términos previstos en la LEY DE RESPONSABILIDAD CIVIL PARA LA PROTECCIÓN DEL DERECHO A LA VIDA PRIVADA, EL HONOR Y LA PROPIA IMAGEN EN EL DISTRITO FEDERAL.

###### 2.3. Cesión a terceros.

En caso de que el CESIONARIO ceda los derechos de explotación sobre las mencionadas imágenes, o partes de las mismas, a terceras personas físicas o morales, estas no estarán autorizadas a utilizarlas sin antes obtener una autorización por escrito de parte del CEDENTE.

###### 2.4. Ámbito geográfico de la autorización.

La cesión de derechos de imagen y la autorización del CEDENTE no tienen ámbito geográfico determinado, por lo que el CESIONARIO podrá utilizar las mencionadas imágenes o partes de las mismas, en todos los países del mundo sin limitación geográfica de ninguna clase.

###### 2.5. Duración de la autorización.

La cesión de derechos de imagen y la autorización del CEDENTE son concedidas por un plazo de tiempo indefinido, no fijándose ningún límite de tiempo o término extintivo del presente Contrato. Así, el CESIONARIO podrá utilizar las mencionadas imágenes, o partes de las mismas, dentro de los términos previstos en el presente Contrato, por una duración indefinida.

###### TERCERA. - Cesión gratuita.

Las Partes acuerdan que la presente cesión se efectúa a título gratuito. El CEDENTE no recibe contraprestación alguna de la cesión de sus derechos de imagen al CESIONARIO. Asimismo, el CEDENTE no podrá pedir en el futuro una contraprestación a cambio de la utilización, dentro de los términos previstos en el presente Contrato, de las mencionadas imágenes por el CESIONARIO.

En consecuencia, el CEDENTE autoriza expresamente al CESIONARIO para la realización de cualesquiera actos de explotación o aprovechamiento relativos a su voz y sus imágenes; en particular, el CESIONARIO podrá reproducir, distribuir, comunicar públicamente o difundir la voz y las imágenes del CEDENTE, a través de cualquier medio o soporte, sin límite de tiempo y para todo lugar. El CESIONARIO podrá, asimismo, ceder sus derechos sobre la imagen y la voz del abajo firmante a un tercero, en todo o en parte, ya sea onerosa o gratuitamente.

EL CEDENTE

EL CESIONARIO

## 1.2 Carta a la Coordinación de Psicología

Ciudad de México, 25 de junio de 2019

Mtra. Eugenia Vilar Peyrí  
Coordinadora de la Licenciatura en Psicología.  
Universidad Autónoma Metropolitana,  
Unidad Xochimilco

Por medio de la presente, yo, Alan Jonathan Esparza Miranda, alumno de la licenciatura en Psicología con matrícula 2153056281 y cursando el onceavo trimestre de dicha licenciatura expongo que me encuentro realizando la investigación terminal postulada en el plan de estudios titulada “Los ecos de Infraterra”. El tema central de mi trabajo intentará exponer la relación entre investigador e investigado a través del registro en formato audiovisual del acompañamiento a vendedores informales (vagoneros) dentro de las instalaciones del Sistema de Transporte Colectivo de la Ciudad de México. Actualmente, esta propuesta de investigación se encuentra aprobada por mis asesores de investigación: Gabriel Araujo Paullada y Frida Gorbach Rudoy.

Sin embargo, para la realización de ese registro me resulta necesario gestionar los permisos requeridos ante el organismo (SCT) para llevar a cabo la investigación dentro de sus instalaciones. Es por ello que solicito de su parte, de la manera más atenta, una carta que desempeñe el carácter de respaldo y representación institucional ante las autoridades del STC.

Me permito adjuntar una propuesta de solicitud con la intención de facilitarle su redacción. Además, incluyo algunos artículos del Estatuto Orgánico del Sistema de Transporte Colectivo que justifican la realización de mi investigación y la promoción de los permisos necesarios.

Sin más por el momento, quedo atento a la respuesta de esta solicitud y también, a su disposición para aclarar cualquier duda que pudiera existir de la presente. Reciba un cordial saludo.

Atentamente

---

Alan Jonathan Esparza Miranda  
Alumno de la licenciatura en Psicología  
Matrícula 2153056281

### 1.3 Carta a Sistema de Transporte colectivo

Coordinación de la Licenciatura en Psicología.  
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Ciudad de México, 25 de junio de 2019

Julio Iver Martínez Toledo, titular de la Dirección de Medios.  
María Rosario Granados Pineda, titular de la Gerencia de Atención al Usuario.

Por medio de la presente, hago un atento llamado para considerar la solicitud que el alumno Alan Jonathan Esparza Miranda, estudiante de la licenciatura en psicología, lleva a cabo ante la administración del Sistema de Transporte Colectivo, en específico ante la Dirección de Medios y la Gerencia de Atención al Usuario, para la realización del documental "Los Ecos de Infraterra". Trabajo que buscará dar cuenta de las dinámicas relacionales que se presentan dentro de las instalaciones del SCT y la importancia que el organismo supone para estas.

Dicha solicitud se encuentra sustentada por las facultades y obligaciones contenidas dentro del estatuto orgánico del Sistema de Transporte Colectivo. En donde el capítulo sexto, cuyo contenido trata las facultades y obligaciones de las unidades administrativas; en la sección segunda con relación a las direcciones; en el artículo 31º, los incisos X y XI dicen lo siguiente:

X.- Promover la realización de reportajes, entrevistas y fotorreportajes, filmaciones, grabaciones, artículos de fondo, editoriales, crónicas, conferencias y recorridos por las instalaciones que contribuyan al mejor conocimiento y consolidación de la imagen de la Institución;

XI.- Dirigir, administrar y coordinar los programas de cultura, divulgación científica y tecnológica, así como los eventos socio-culturales que se lleven a cabo dentro de los espacios e instalaciones destinados por el Organismo para tal fin, así como propiciar la colaboración con instituciones culturales, educativas y de servicios sociales para la realización de exposiciones y eventos culturales y educativos;

También, teniendo en cuenta que, en el mismo capítulo, en la sección tercera relacionada a las gerencias; el artículo 41º que señala lo que corresponde a la Gerencia de Atención al Usuario en cuanto a sus facultades y obligaciones, los incisos XIV, XVI y XVIII dicen lo siguiente:

XIV.- Someter a la autorización de la Dirección de Medios los permisos para que las instituciones, empresas privadas y estudiantes, entre otros, lleven a cabo las grabaciones, filmaciones y tomas fotográficas dentro de las instalaciones del Organismo;

XVI.- Coordinar y administrar los programas de cultura, divulgación científica y tecnológica, así como los eventos socioculturales que se lleven a cabo dentro de los espacios e instalaciones destinados por el Organismo para tal fin;

XVIII.- Autorizar y supervisar el uso adecuado de los espacios de difusión cultural, así como someter a la autorización de la Dirección de Medios el uso de los espacios institucionales ubicados dentro de la red del Sistema;

lleven a cabo dentro de los espacios e instalaciones destinados por el Organismo para tal fin;

XVIII.- Autorizar y supervisar el uso adecuado de los espacios de difusión cultural, así como someter a la autorización de la Dirección de Medios el uso de los espacios institucionales ubicados dentro de la red del Sistema;

Por estas razones solicito expresamente que se gestionen y promuevan los permisos necesarios para la realización del trabajo expuesto anteriormente ya que, entre otros, persigue fines de divulgación científica y cultura relacionados con las obligaciones de difusión de las Unidades Administrativas del SCT. Sin más por el momento, quedo atenta a la respuesta de esta solicitud. Reciba de mi parte un cordial saludo.

Esta carta fue redactada por la Coordinación de la Licenciatura en Psicología a solicitud del alumno Alan Jonathan Esparza Miranda el día 25 de junio de 2019 para los fines que en ella se expresan.

Atentamente

---

Mtra. Eugenia Vilar Peyri  
Coordinadora de la Licenciatura en Psicología.  
Universidad Autónoma Metropolitana,  
Unidad Xochimilco

Asesor

Asesora

---

Dr. Gabriel Araujo Paullada  
Profesor Investigador de la  
Licenciatura en Psicología.  
Universidad Autónoma  
Metropolitana,  
Unidad Xochimilco

---

Dra. Frida Gorbach Rudoy  
Profesora Investigadora de la  
Licenciatura en Psicología.  
Universidad Autónoma  
Metropolitana,  
Unidad Xochimilco

1.4 Organigrama de grabaciones formales

**CRONOGRAMA DE ACTIVIDADES  
LOS ECOS DE INFRATERRA**

Estación	Horario	Duración	22 Jul	23 Jul	24 Jul	25 Jul	26 Jul	27 Jul	28 Jul	29 Jul	30 Jul	31 Jul	01 Ago	02 Ago	03 Ago	04 Ago	05 Ago
CANDELARIA	11:00-12:00 HRS	1 HR															
SAN LÁZARO	12:30-14:00 HRS	1HR 30 MIN															
BALDERAS	21:00-21:45 HRS	45 min															
INSURGENTES	22:00-22:45 HRS	45 min															
TACUBAYA	22:00-22:45 HRS	45 min															
PANTITLÁN	12:00-14:00 HRS	2 HRS															
PINO SUÁREZ	22:00-22:45 HRS	45 min															
CHABACAÑO	12:00-14:00 HRS	2 HRS															
ETIOPIA	15:00-15:45 HRS	45 min															
COPIILCO	11:00-11:45 HRS	45 min															
SANTA ANITA	11:00-11:45 HRS	45 min															
HANGARES	12:00-12:45 HRS	45 min															
LA RAZA	09:00-10:00 HRS	1 HR															
PANTITLÁN	12:00-14:00 HRS	-----															
INSTITUTO DEL PETROLEO	11:00-11:45 HRS	45 min															
EL ROSARIO	09:00-10:00 HRS	1 HR															
REFINERÍA	19:30-20:15 HRS	1 HR															
SAN PEDRO DE LOS PINOS	20:45-21:15 HRS	30 min															
OBRERA	20:00-20:30 HRS	30 min															
CHABACAÑO	12:00-14:00 HRS	-----															
PATRIOTISMO	21:00-21:45 HRS	45 min															
PANTITLÁN	12:00-14:00 HRS	-----															
SAN LÁZARO	12:30-14:00 HRS	-----															
GARIBALDI/LAGUNILLA	16:30-17:45 HRS	45 min															
ERMITA	09:00-10:00 HRS	1 HR															
ZAPATA	10:15-11:00 HRS	45 min															
INSURGENTES SUR	18:00-18:45 HRS	45 min															
MIXCOAC	22:00-23:00 HRS	1 HR															

\* 22 hrs. con 25 min. en 15 días = 10 hrs. con 38 min. a la semana.  
\*\* Reporte de avances: 31 de Julio.

## 1.5 Solicitud de auditorio



**Universidad Autónoma Metropolitana**  
**Unidad Xochimilco**

Ciudad de México a 18 de diciembre de 2019.

Asunto: Solicitud de auditorio.

**Dra. Alicia Amelia Izquierdo Rivera**  
**Jefa del Departamento de Educación y Comunicación**

**P R E S E N T E**

Por medio de la presente le reitero un cordial saludo. A su vez me permito extenderle la solicitud para el uso de alguno de los auditorios: Francisco Javier Mina o Vicente Guerrero, así como del proyector, micrófono, audio y pantalla, para el día 20 de enero del año 2020, en un horario de 14:30 a 16:00 hrs. teniendo en cuenta la disponibilidad de los mismos. Solicitud que tiene el objetivo de llevar a acabo la presentación del documental *Los Ecos de Infraterra*, trabajo terminal de investigación que realicé con vendedores informales dentro del metro de la Ciudad de México, con el fin de compartirlo con la comunidad universitaria.

Razón por la cual espero contar con su autorización para llevar a cabo la actividad antes mencionada. Sin más por el momento, me despido en espera de su pronta respuesta.

**ATENTAMENTE**

Alan Jonathan Esparza Miranda  
Egresado de la Licenciatura en Psicología  
Matrícula: 2153056281

Dra. Frida Gorbach Rudoy  
Profesora Investigadora de la Licenciatura  
en Psicología.

Mtro. Gabriel Araujo Paullada  
Profesor Investigador de la Licenciatura  
en Psicología.

